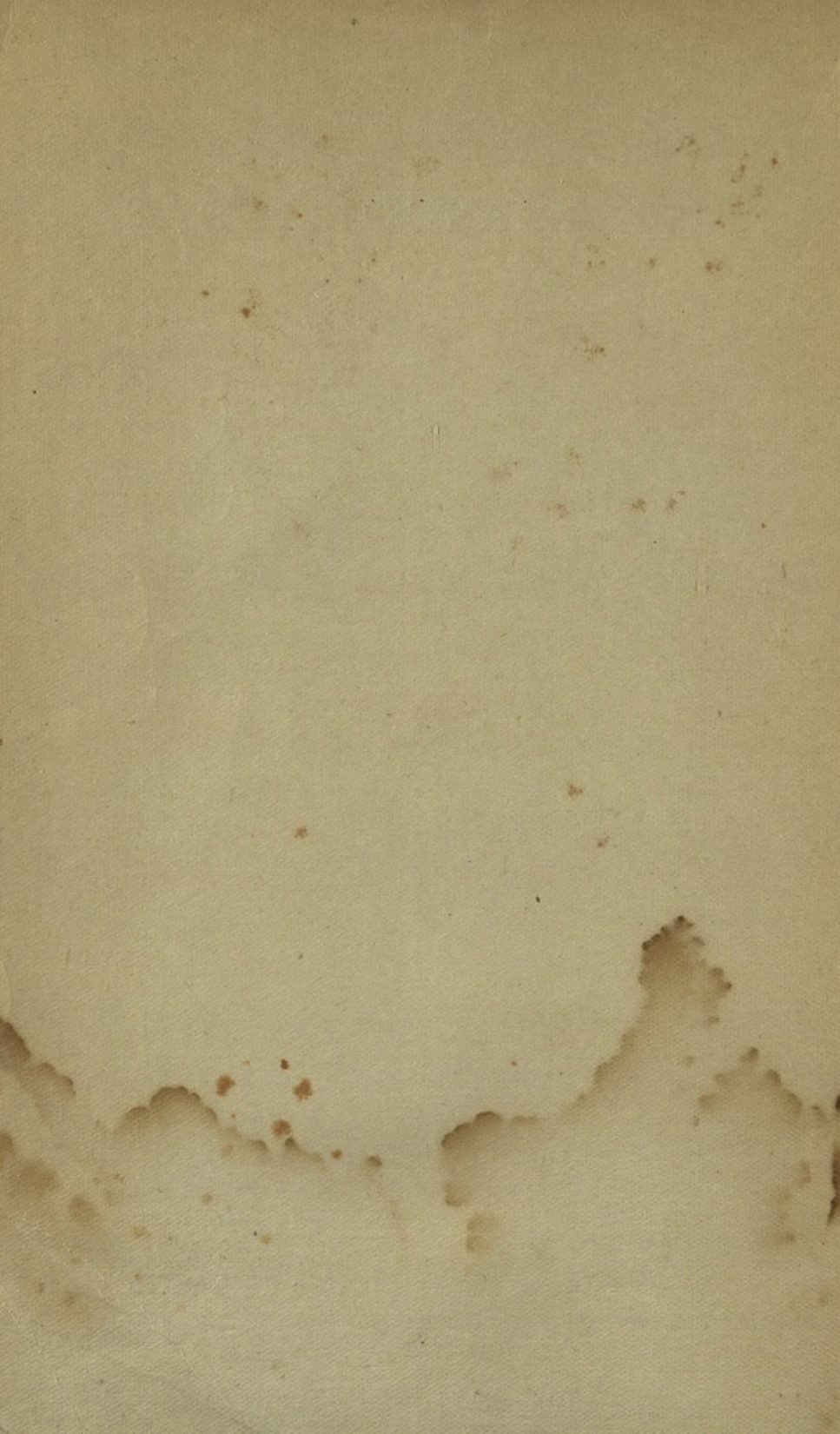


GESTAS VASCONGADAS



Javier de Ybarra y Bergé





Gobierno

GOBIERNO
MUNICIPAL
SAN NICOLÁS

Data: 23-7-07

Fecha:

Registro Zk: 23309

Nº Registro:

Jatorria:

Precedencia:

D

R-3526

JAVIER DE YBARRA Y BERGÉ

Gestas Vascongadas

ALA DE OARNA 1870 GEORGE BILLYN 1874
BIBLIOTECAS - LIBRERIEKAK
BAZTERTUA-EXPURGADO
Diputación Provincial
1917

Biblioteca Vascongada de los
Amigos del País
San Sebastián
1951



ES PROPIEDAD

PRIMEROS TIEMPOS

RESULTA difícil precisar, de no acudir a la leyenda, cuáles fueron los primeros hechos de armas de los vascos frente a sus enemigos.

Por su valor personal, o por lo accidentado del país, es notorio que no admitieron mezclas de raza; y la suya, debido a esta circunstancia, puede considerarse que no ha variado desde la época neolítica al menos, según se ve por la analogía de los restos prehistóricos y los actuales vascos, comprobándose este extremo en descubrimientos hechos en cuevas sepulcrales como la vizcaína de Santimamiñe, en Cortézubi, y la guipuzcoana de Iciar, en Deva.

Se tiene noticia de la expansión de la raza vascongada por tierras de Burgos, en Palazuelos de Cuesta Urría y en Cilleza; y la toponimia que se conserva en muchos lugares de la Rioja, tema del que se ha ocupado Merino Urrutia, dice de la cualidad expansiva de los vascos, que contrasta con la característica que hemos señalado, de no admitir gente extraña en su tierra.

¿Puede considerarse a los celtas como gente extraña en las Vascongadas? De no ser de la misma raza vascos y celtas,

habría de hacerse una excepción con el pueblo céltico, en la tesis que venimos sosteniendo de que los naturales del país no admitieron inmigraciones en él.

Recientemente, por encargo de la Junta de Cultura de la Excelentísima Diputación Provincial de Vizcaya, los señores Taracena y Fernández, Avilés, han reconocido y estudiado el castro vizcaíno de Gastiburu de Navarniz, y han llegado a la conclusión de que puede pensarse procede de un mismo grupo cultural al de los vascos y arévacos y que habla también de la emigración céltica en Vizcaya en el siglo sexto antes de Jesucristo.

Desde luego los vascos de la ribera del Ebro admitieron en su tierra a los celtas, se mezclaron con ellos, aún sin llegar a la confusión de razas y también les permitieron instalarse en parte de Alava como lo prueban los dólmenes celtas de Arrízala y Eguílaz y los que existieron en los cerros de Capelamendi y Escalmendi, cerca de Vitoria, y en Zuazo y Laminoría. Pero la característica más señalada de los vascongados es la expansión o participación guerrera fuera de su solar y así vemos que se hicieron amigos del cartaginés Aníbal, al que acompañaron en vanguardia durante su expedición a Italia.



EPOCA ROMANA

DEJANDO a un lado las luchas entre nuestros antepasados, que vinieron a formar en rol de los dos bandos de Oñez y Gamboa, —materia ajena a este trabajo que no puede dar cabida a las rivalidades internas de los naturales—, conviene señalar que es muy posible que las primitivas defensas guerreras levantadas por los nuestros contra invasores como romanos y árabes, fueran las mismas en torno a las cuales se iniciaran los encuentros banderizos según se ha señalado por algunos autores sin que hasta el momento se haya llegado a una conclusión que pueda ser admitida en buena crítica histórica.

Muchas de las torres de la época de bandos, que aún perduran, remozaron, indudablemente, las fortalezas de tiempos anteriores ya que forman línea en los límites del país vascongado, como dispuestas para la lucha con invasores, que dejaron de suponer un peligro según iba avanzando la reconquista hispana, que culminó con la toma de Granada.

Está fuera de duda que los romanos ocuparon al menos varios de los cauces geográficos más señalados de las Vascongadas y construyeron a través de ellos sus vías militares. Sirva

de ejemplo la vía que por Valmaseda y Sopuerta asomaba al mar en Castro Urdiales, que se ha supuesto fuera el puerto Amano, luego Flaviobriga de los romanos, localizado también en Portugalete y Bilbao.

Recuerdos romanos son el llamado miliario de El Berrón (Mena) y los que de hito en hito hubo en Sopuerta, en la citada vía romana que procedente de Pisuerga se dirigía a Castro Urdiales; las monedas halladas en Carranza, en la vía que se supone bajaba desde el puerto de los Tornos a Laredo; la estela de Gordejuela, en un camino afluente al que de Valmaseda posiblemente conducía a Bilbao y por Guerequiz, dejando Guernica atrás miraba al Cantábrico en Bermeo, el puerto de los Ercilla, del solar fundado antes que la villa.



En las lindes guerniquesas existen dos estelas romanas en la ermita de San Esteban de Guerequiz, un cipo funerario en la Iglesia de San Martín de Fórua, una lápida en la ermita de la Trinidad, y una Diosa de la Fortuna, también romana, hallada recientemente en la estación prehistórica llamada «Peña Fórua».

Además de monedas romanas encontradas al pie de las minas de Somorrostro y en la ría de Bilbao, recientemente se han descubierto cinco estelas en Lemona, tránsito sin duda, de otra vía de unión del mar con el camino de Astorga a Burdeos.

Atravesaba Alava de Oeste a Este la vía romana, por la que pasó César Augusto, que según el itinerario de Antonino, iba de Astúrica a Burdigalam y entre los restos romanos de esta vía militar que unía Astorga con Burdeos, han perdurado en Alava hasta nuestros días además de otros restos de

dudosa determinación, un pavimento de mosaico, trozos de mosaicos, mármoles, ladrillos, tejas, vasijas, etc., algunas lápidas, un capitel hispano-romano, monedas y en mármol una diosa mutilada de la época de Adriano, hallada en Iruña, en el lugar denominado hoy Trespuentes, junto a Mendoza; otros pavimentos de mosaico en Cabriana que se supone era la antigua Deóbriga; una lápida en Luzcando; otra entre Narbaja y Mendíjur y otras en Angostina, Assa y Araya.

Además de las noticias que de los montes de hierro de las Encartaciones de Vizcaya, nos dan Plinio y demás escritores antiguos, sabemos por Estrabón, Ptolomeo y Pomponio Mela, de la ciudad Oeaso de la antigua Vasconia, que ha sido localizada en el puerto de Pasajes que viene a ser el Oiarso de los geógrafos clásicos, sobre el Oyarzun, de las minas de Arditurri. Lo precisa Ptolomeo al decir que el promontorio Oeaso, formado por la cordillera Jaizquíbel, que corresponde al Cabo Higuier, quedaba a cuarenta y cuatro minutos de latitud de la ciudad de Oeaso y también podemos decir de otros «opidum» en tierra de várdulos y caristios, como son Morosgui, Menosca, Tritium Tubolicum, Vesperies y Flaviobriga, de la que hemos hablado anteriormente, todas de bastante dudosa localización.

Se ha supuesto que los romanos tuvieron relación con los habitantes de Oeaso y que, con anterioridad, una de las costas que recorrió el marino cartaginés Himilco, cinco siglos antes de Jesucristo, fué la guipuzcoana, por la que Asdrúbal posiblemente pasó a Francia, cuando el año 207 antes de Jesucristo ocultó a Escipión el itinerario de su derrota, al incorporarse a Aníbal para penetrar por los Alpes en Italia, ocasión en que como es notorio, los vascos acompañaron en vanguardia al caudillo cartaginés.

Desde luego atravesaban Guipúzcoa en su parte Nordeste, algunos de los caminos afluentes que iban a la vía romana que conducía a Burdeos, y en ella no quedan más restos, en términos guipuzcoanos, que la lápida de Andre-arriaga, hallada entre Irún y Oyarzun, que la fantasía había supuesto ser un recuerdo funerario de la mujer de Julio César, pero cuya inscripción ha descifrado el Padre Fita diciendo se refiere a la muerte de Aebelteso, mujer de Auscio, natural de Oyarzun. De los dibujos que tuvo la lápida, sólo se distingue uno como trazado de manos infantiles, representando un busto de mujer sobre un caballo.

Durante doscientos años los españoles mantuvieron lucha con Roma, antes de que ésta los venciera y les asimilara su espíritu. El reducto máximo de aquella resistencia fué la tierra cántabra y esta Cantabria que se batió denodadamente contra el romano invasor, en una gesta heroica de epopeya, se consideró por nuestros viejos historiadores, como tierra vascongada, localizando «Segisama», en Beizama, «Arrasilum» en Régil, el «Vinio» en el Hernio y el «Medullio» en Merduria, y para que la interpretación, un tanto caprichosa sin duda, tuviera una representación gráfica, en el año 1600 se tallaron unas tablas, de manifiesto hoy en el archivo provincial de Tolosa, con el tema de unos cántabros que toman el jugo del tejo o se despeñan unos a otros, para no oír las condiciones de rendición que dicta Roma. Sin embargo la teoría no es tenida hoy en consideración.

Conviene que tengamos en cuenta que las tres Vascongadas y Navarra, responden a pueblos con distintas denominaciones antaño, pero de una misma raza, como lo prueba la lengua común.

Cuando los romanos conquistaron España, llamaron

pueblo vascón, y de ahí el calificativo de vascones, al que habitaba en Navarra, en una zona de Guipúzcoa, en parte de Aragón y parte de la Rioja. Se distinguían entonces como caristios y várdulos el resto de los guipuzcoanos mientras en Vizcaya y Alava, caristios y autrigones vivían desde el Nervión hacia el Oriente. Los alaveses y vizcaínos —los encartados—, de la margen izquierda del Nervión, eran conocidos como origeviones, pero el estudio más acabado, por ahora, de la localización geográfica de las distintas divisiones tribales de esta zona septentrional de España es la hecha por don Claudio Sánchez Albornoz.

Antes de la guerra de Cantabria, los autrigones debían ser aliados de Roma, ya que se ha dicho que el pretexto para aquella guerra fué el vengar las agresiones que los autrigones padecían de sus vecinos los cántabros llegándose a afirmar que los vascos pactaron con Roma el año 147 antes de Jesucristo, pero no está probada esta afirmación, que de ser cierta únicamente puede referirse a los autrigones, ya que no hay noticia de que tuvieran los romanos relación con los várdulos y los caristios.

Precisamente en tiempos del Imperio de Roma, es cuando desaparecen los nombres de várdulos, caristios y autrigones, y se hace extensiva a los habitantes de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava la denominación de vascones, que dieron los romanos a los navarros y a los que habitaban en la zona antes recordada.



Los romanos desde luego, como hemos dicho al ocuparnos de los recuerdos que aún perduran, a lo menos llegaron a adueñarse de varios de los cauces geográficos de las

Vasongadas y construyeron a través de ellos sus vías militares. Ahí está la vía de César Augusto atravesando Alava, cuando ya el de vascones es el nombre que distingue a los antiguos várdulos, caristios y autrigones, y la vía de Tarragona que, pasando por Pamplona, llegaba hasta el Océano, junto a Oiarso.



EPOCA VISIGODA

CUANDO la invasión de los bárbaros, al pasar el Pirineo en 449, los vándalos, alanos y suevos, lo hicieron por la Vasconia y existen leyendas de que como anuncio de invasión llovió tres días sangre en San Sebastián, actual capital de Guipúzcoa.

Al realizarse en España la unificación política bajo el reinado visigodo de Leovigildo, quedaron sometidos los cántabros el año 574 y los vascones el 581. Pero esta sumisión no debió ser absoluta y así vemos que el último pueblo que unió a su corona Leovigildo, tuvo arrestos para atacar en son guerrero a los visigodos, en tiempo de Recaredo; hubo de ser devastado por Gundemaro que no conseguía imponerse y tuvo que ser sometido nuevamente por Sisebuto y por Suintila que contuvo un nuevo ataque de los bravos vascones en cuya tierra ninguno de los Reyes godos intentó siquiera penetrar. También Recesvinto luchó contra otra de estas irrupciones, y recién elegido Wamba como Rey, acudió a someter a los vascones en el año 672, y los dominó en rápida campaña de siete días.

Pero a su vez Rodrigo, último Rey godo, cuando la

invasión árabe se encontraba cerca de Pamplona «sujetando a los vascones», nombre que entonces se aplicaba a los habitantes de las tres provincias que componen nuestro país vasco y a los de Navarra, en cuyo territorio y especialmente en Pamplona, su actual capital, es donde tenían su predominio los visigodos, que en tiempo de Leovigildo parece fundaron un lugar en Alava, al que se dió el nombre de Victoriacum para conmemorar la victoria que lograron al dominar a los vascos; y esta Victoriacum fundada por los visigodos en el año 581 pudiera ser el Victoriano de hoy, que queda a tres leguas de Vitoria.

A los ribereños del Arga se dice impuso Suintila el castigo de construir Ologitum, el actual Olite, en Navarra, y se ha dicho también aunque no ha sido aceptado por la crítica histórica que asomándose al Cantábrico, en Guipúzcoa, levantaron los visigodos, Fuenterrabía, también en tiempo de Suintila, y que la fortificación de Pamplona, como plaza que les servía para sus operaciones, se realizó siendo Rey Wamba.

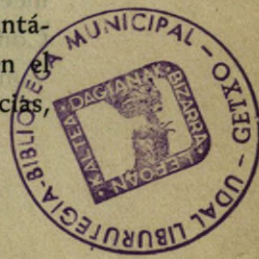


CONQUISTA DE LA NOVEMPOPULANIA

Los Vascos, en aquella época, no se limitaron a combatir a los entonces dueños y señores de la península, sino que además, en tierras que fueron de los visigodos desde el año 462 hasta fines del siglo quinto, en la Novempopulania ultrapirenaica, irrumpieron precisamente el año 581, cuando acababan de ser derrotados por los visigodos. Da razón Jean Jaurgain en su obra «La Vasconie», de los vascos españoles y la Novempopulania francesa, al decir que según Gregorio de Tours en su «Histoire Eclésiastique Française», el año 581, el Duque Bladaste por orden de Childerico combatió a los vascos y perdió la mayor parte de su ejército: «Bladastes dux in Vasconiam abiit, maximamque partem exercitus sui amisit».

Denominada Vasconia desde que el año 581 la ocuparon los vascos españoles, la Novempopulania correspondía a la antigua Aquitania, que tiene su origen etimológico en la ciudad de Acqs hoy llamada Dax.

Conquistada por Craso, lugarteniente de César, se entendía Aquitania entre el río Garona, los Pirineos y el Cantábrico, sin incluir Burdeos que era ciudad gala. Luego, en el reparto que los romanos hicieron de las Galias en provincias,



llamaron Aquitania al referido territorio mas el que se halla entre los ríos Garona y Loire, y una posterior subdivisión romana reservó el nombre de Aquitania a la parte superior del Garona y el de Novempopulania a lo que en origen fué Aquitania.

Los francos después de expulsar a los godos de Aquitania, pasaron el Pirineo e invadieron España llegando hasta el río Miño, donde les derrotaron los suevos, a pesar de lo cual poseyeron Cantabria y la Vasconia española pero por poco tiempo porque el año 581 eran los mismos francos invadidos a su vez.

Es muy posible que al ver la mala fortuna de los vascos frente a los visigodos, quisieran los francos aprovechar la oportunidad para adueñarse del país vascongado y que de ahí surgiera la ofensiva de los vascos españoles o también pudo ocurrir que éstos al verse vencidos por los visigodos, pasaran el Pirineo llevando allí su ardor guerrero. Desde luego, como refiere Jaurgain: «A partir de ce moment les Vascons ne cessent d'envahir le pays franc et cette invasion coincide avec la défaite qui venait de leur infliger, en Espagne, le roi wisigoth Leuwigild».

A la primera invasión de la Novempopulania, por los vascos, siguió seis años después, en 587, otra más ardorosa ya que devastaron todo lo ocupado. No logró en esta ocasión Austrovaldo, Duque de Toulouse, entablar batalla con los vascos españoles, según Gregorio de Tours, que refiere: «Vascones vero de montibus prorumpentes in plana descendunt, vineas agrosque depopulantes, domos tradentes incendio, nonnullos abducentes captivos, cum pecoribus. Contra quos sæpius Austrovauidus dux proprocessit, sed parvam ultionem exercuit ab eis».

Según M. Bladé en «Les Vascons Espagnols depuis les

dernières années du VI e siècle jusqu'à l'origine du royaume de Navarre» la Novempopulania se hallaba «aproximativement représenté par le Pays Basque français, autrement dit les anciens pays de Labourd, de Basse-Navarre et de Soule», y añade que la Vasconia francesa comprendía también en 602 y 628, parte del territorio que se extiende al Norte del río Garona.

No escapamos a la tentación de reproducir los comentarios que merecen a Jean Jaurgain en su obra «La Vasconie», las dos invasiones vasco-españolas en la Aquitania o Novempopulania francesa. «Tous les érudits —Oihenart, Marca, Hauterierre, Adrien de Valois, les historiens du Languedoc, le P. Moret, Alfred Jacobs, Longnon, etc.—, voient dans ces deux incursions le point de départ de la conquête d'une partie de l'Aquitania par les Vascons espagnols».

Sigue diciendo Jaurgain que: «L'invasion de la Novempopulanie par de Vascons espagnols, venus sans doute de l'Alava et de la Biscaye, sous la pousée des Goths, ne donna pas naissance —comme l'a cru M. Bladé— á une nouvelle Vasconie indépendante de l'antique Vasconie transpyrénéenne. Elle eut simplement pour conséquence l'extension de celle-ci sur le territoire des conquérants francs, dont les Gallo-Romains du Midi subissaient impatiemment le joug. Riches et adonnés aux arts de la paix, depuis longtemps déshabitués des combats, les Gallo-Romains eurent d'abord á souffrir des incursions de ces belliqueux montagnards; mais, graduellement, — de 587 a 602 — ils se soumirent á leur domination, et, ensuite, ils trouvèrent en eux des auxiliaires précieux dans leurs révoltes fréquentes contre les Mérovingiens. La Vasconie commença, donc á s'étendre dans la Novempopulanie dès la fin du VI e siècle».

Sometidos unas veces a distintos Duques o Señores franceses o imponiéndose sobre todos, los vascos que procedentes de Vizcaya y Alava habían conquistado la Novempopulania, eligieron por jefe el año 660 al Duque Félix, noble patricio de la villa de Toulouse, al que titularon Duque de Aquitania y de Vasconia. A su muerte fué designado sucesor el Duque Lope, que según Jaurgain, era un auténtico vasco, que llegó hasta Limoges en sus conquistas por tierras francesas.

Perduró el Ducado de Vasconia, sucediéndose de padres a hijos, hasta el siglo noveno en que se dividió en varios estados, que fueron el Reino de Pamplona, el Ducado de los Navarros, —que luego formaron reunidos el Reino de Navarra—, el Ducado o Condado de los Alaveses y el Condado de la Vasconia Citerior. Este último volvió más adelante a denominarse Ducado de Vasconia, abarcando algo de lo que fué la antigua Novempopulania y los valles del Baztán, Valcarlos, Roncesvalles, Erro, Esteribar, Arriasgoiti, Lizoain y Egües y surgieron luego otros estados, como el Condado de Aragón, el de Buil, el de Comminges, el de Bigorre y el Vizcondado de Bearn.

El arrojo admirable de unos pocos vascos «venus sans doute de l'Alava et de la Biscaye», logró la creación del gran Ducado de Vasconia, origen de tantos estados lo que confirma la cualidad expansiva de los vascos, que más arriba señalamos, en contraste con la característica de no admitir gente extraña en su tierra.

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

FALTABA a nuestro país la savia del catolicismo, que al adoptarla fué la que le vinculó al acontecer hispano, católico por excelencia como universal y ecuménico.

Al convertirse el Rey Recaredo a la fe de Cristo, le siguieron todos los españoles, excepto los vascos, rebeldes entonces a la unidad que querían imponer los godos.

En la deliciosa novela de Navarro Villoslada «Amaya o los vascos en el siglo VIII» se recoge el espíritu que impera en las Vascongadas, cuando la Verdad revelada comienza a introducirse en ellas en el momento en que declina la estrella visigoda y se anuncia la invasión árabe.

Esta vino a unificar en torno a la bandera de la Religión a todos los españoles del Norte de la Península. Desde entonces los vascos se suman definitivamente en una unidad de destino, al resto de sus compatriotas norteños. En aquel momento es cuando nace la auténtica unión entre todos los habitantes de Iberia que aman a Jesucristo, los habitantes de la patria que ha de recibir el nombre amoroso de España.

Vemos reflejada en progresivo desarrollo, la cultura cristiana de las Vascongadas en el arte románico de sus pri-

meras ermitas y templos, en el arte ojival, con monumentos más importantes, y posteriormente en el arte del renacimiento. Hay que consignar de la época visigoda leves influencias del arte latino-bizantino en ermitas y sepulcros antiguos, que encajan en el estilo románico como la ermita de San Pedro de Abrisqueta, en Arrigorriaga y un sepulcro de Cenarruza y aun menos señalada, casi nula, es la influencia árabe del arte mudéjar que observamos en el Duranguesado en los coros de Tavira (Durango), Gáceta (Elorrio), Yurre y Elejabeitia.

Entre las acciones guerreras de las que en el siglo octavo, fueron protagonistas los vascos, no puede silenciarse la batalla de Roncesvalles en la que fué batido por los vasconavarros el año 778 el ejército de Carlomagno.

Descontento con Abderramán, Emir de Córdoba, acudió el gobernador musulmán de Zaragoza a la corte del Emperador de los francos, que tomando pretexto de esta coincidencia con sus afanes de expansión, secundado por los Doce Pares de Francia pasó los Pirineos con dos ejércitos y ocupó Pamplona. Pero no pudiendo alcanzar Zaragoza al retirarse es cuando fué batido su ejército por los vasco-avarros en Roncesvalles.

Fundamentada en este hecho histórico se tejió la «Canción de Rolando», poema épico atribuido al trovador normando Theroulde. En él, Rolando, sobrino de Carlomagno, que mandaba la vanguardia de los ejércitos francos cuando éstos repasaban el Pirineo, aparece sorprendido por doscientos mil sarracenos, que se valieron de la traición del soldado Ganelón para derrotar en la garganta de un estrecho valle a Rolando, que pide auxilio haciendo sonar el cuerno hasta que en su cuello se abren las venas, esfuerzo vano

porque Carlomagno, que le seguía a retaguardia no acudió en su ayuda al asegurarle Ganelón que cazaba en las montañas y de ahí que sonara el cuerno.

En cambio a decir de nuestros «Romances castellanos» —sin tener en cuenta el falso poema *Altabiscar Cantua*, superchería tramada a fines del siglo 18 por M. Monglave— el héroe español Bernardo del Carpio a la cabeza de los indomables vasco-navarros, fué quien venció a Rolando en Roncesvalles. Parapetados los vasco-navarros en las alturas que dominan la garganta conocida aún por el nombre de brecha de Rolando, lanzaron peñascos, troncos de árboles y flechas sobre el ejército de Carlomagno, mientras Carpio retaba a Rolando a combate singular, en el que el franco murió a los pies del héroe hispano.



LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

La participación vascongada en los ocho siglos de continuas guerras que se sucedieron durante la reconquista española, fué muy señalada. No alcanzaron los árabes en su invasión los límites del país vasco, por haber sido contenidos en su avance en las montañas de Asturias, al ser derrotados en la batalla de Covadonga, pero sin franquear las montañas vascongadas, en sucesivas incursiones, Alava al menos fué teatro de batallas entre cristianos y mahometanos y allí se refugió Alfonso III perseguido por los árabes.

Al crearse los distintos estados españoles de la reconquista, limitados en un principio a los baluartes de Asturias y Navarra, de los que se derivaron luego los de León, Castilla y Aragón y unidos todos los norteños en un común afán de recuperación contra el Islam, por lo que respecta a las Vascongadas, éstas unieron su esfuerzo en colaboración con los estados vecinos.

Entonces nacen Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, con estas denominaciones. Guipúzcoa y Alava —excepto en ocasiones en que fueron sometidas a León, como en tiempo de Alfonso I el Católico— dada su situación geográfica mantenían

dependencia con relación al Reino navarro aun cuando las guerras fronterizas entre navarros y castellanos les sometiera a estos últimos en diversas ocasiones. Sólo los triunfos árabes, como el de Almanzor hicieron buscar asilo en tierras vascongadas a leoneses, castellanos y navarros, y entonces sus rivalidades cesaban.

A excepción del Duranguesado que respondió al influjo de Navarra, tuvo Vizcaya más señalada relación con el Reino leonés hasta la legendaria batalla de Padura, en la que se supone la etimología de Arrigorriaga —*piedras bermejas*—, encuentro guerrero que justifica el Cronista Lope García de Salazar en las «Bienandanzas e Fortunas» diciendo que los vizcaínos, a las órdenes del fabuloso Jaun Zuria, al que prestó apoyo Sancho Ésteguíz, Señor de Durango, lucharon en esa ocasión contra los leoneses que capitaneaba un Infante don Ordoño de León, hijo de Alfonso III el Magno, Rey de Asturias, porque Vizcaya se había desentendido de la obediencia de los Reyes de León, para acatar la de los Condes de Castilla «que agora eran sus Señores».

Por tanto al independizarse Castilla del Reino leonés, lo mismo que los alaveses, los vizcaínos siguieron a los castellanos en su rebeldía mientras los guipuzcoanos seguían fieles a Navarra pues el voto de Fernán González, primer Conde soberano de Castilla en que se apoyaba la participación guipuzcoana en la creación del nuevo estado, no tiene ya la menor consistencia histórica.

Se ha supuesto que desde antaño, aún antes de la invasión árabe, tanto Vizcaya, como Guipúzcoa y Alava dependían de los Duques de Cantabria pero según refiere don Gregorio de Balparda en su «Historia Crítica de Vizcaya», la posesión para el Reino de León del territorio vascongado,

por lo menos de parte de él, sólo quedó asegurada con el avance de Alfonso I, el Católico, Rey de Asturias, constituyendo frontera con los moros la zona alavesa.

En el reinado de Fruela —hijo de Alfonso el Católico—, el propio Rey acudió a dominar a los vascones, que se habían rebelado contra su obediencia y parece que casó entonces con Munia, señora principal de las Vascongadas pero con posterioridad también apaciguaron levantamientos de los alaveses los Reyes de León, Ordoño I y Alfonso III.

Y no eran éstos, en aquellos tiempos, los únicos acontecimientos bélicos de los vascos, que hubieron de enfrentarse con los normandos, que asolando las costas del Cantábrico, quemaron varios pueblos y actuaron como piratas, a pesar de lo cual, algunos se establecieron en la costa y de ellos suceden varios linajes a decir de antiguas Crónicas.

Como hemos visto antes, al independizarse Castilla del Reino leonés, los vizcaínos siguieron a los castellanos en su rebeldía y ello por lo que afecta a los habitantes de la margen izquierda del río Nervión por una dependencia directa de Castilla, que luego se determinó por medio del Señorío de Ayala que comprendía el Oeste de Alava, toda la ribera izquierda del Nervión y el territorio que se distinguió como la Encartación; y en cuanto al resto de Vizcaya, —hecha excepción, en algunas épocas, del Duranguesado vinculado a Navarra y del valle de Orozco, que pertenecía a los Ayala—, por dependencia indirecta de Castilla ya que esa Vizcaya de la derecha del Nervión formaba parte del Condado de Alava.

El primer Señor de Vizcaya aceptado por la crítica de Balparda, es un *Comes Biscabiensis*, Momo o Monio, del que se ocupa el Códice de Meyá, diciendo que casó con doña Velasquita, hija de Sancho García, 5.º Rey de Navarra. Para

Balparda este Monio es el mismo don Monio Velaz, Conde de Alava, de cuyo condado formaba parte entonces Vizcaya por vinculación personal en los Señores electivos, lo que supondría una unión temporal, o como señorío subalterno, lo mismo que Morillas, Divisa o Mendoza y Estíbaliz. Y ese don Monio posiblemente es el don Manso que por culpa de su mujer doña Velasquita, como refieren las crónicas antiguas, murió luchando con su hijo en combate singular.

No reconoce el autor de la «Historia Crítica de Vizcaya», una sucesión genealógica de los Señores de Vizcaya, sino a partir de un don Iñigo López que al haber sido privados los Velas de su Condado de Alava por los Condes castellanos y porque Alfonso VI le concedió el título, fué desde el año 1040 el primer Señor de Vizcaya en dominio *jure hereditario*.

Una vez más se confirmaba la tradicional dependencia de parte de las Vascongadas para con Castilla que tiene su origen en el momento en que ésta nació como estado independiente el año 943 a las órdenes de Fernán González, al que los alaveses eligieron como Señor, pero manteniendo su independencia y sin que el Señorío quedara vinculado en sucesión hereditaria. Con los años esta vinculación —un poco mediatizada, especialmente por Navarra— fué reforzándose al aumentar el predominio de Castilla en relación con los restantes Reinos peninsulares.

Todo el acontecer guerrero de las Vascongadas tan adiestradas a la lucha en sus encuentros de linajes, a excepción de esta rivalidad intestina, se refleja desde que nace Castilla, en los combates contra el infiel, destacando los vascos siempre en vanguardia, por su valor y arrojo.

Sería imposible recoger en el espacio limitado de este

trabajo, ni tan siquiera en síntesis, ni aún citándolas nominalmente, las innumerables ocasiones en que los vascos destacan en los hechos de armas de la reconquista española.

Pero no escapo a la tentación consignar algunas de ellas, aunque sólo sea al azar. ¿Cómo no hemos de vanagloriarnos de que quien rompió el cerco enemigo en la batalla de las Navas de Tolosa, en 1212, fuera don Diego López de Haro, Señor de Vizcaya, al frente de sus vascongados? No había sido tan feliz su estrella en Alarcos, pero en las Navas tomó buena venganza de los moros, que como refiere en su crónica el Arzobispo de Toledo: «E los primeros que dieron las primeras feridas en las haces de los moros fueron Lope Díaz, fijo de Diego López de Haro, e sus sobrinos, que eran las primeras haces del dicho Diego López de Haro».



Este Lope Díaz hijo del Señor de Vizcaya, ostentó también el Señorío y fué apodado «Cabeza Brava». ¿Quién en nuestra tierra euscalduna no descende de uno de aquellos vascongados que acompañaron a «Cabeza Brava» en la liberación del sitio puesto por los moros a Baeza? Las cruces aspadadas, conmemorando la hazaña que tuvo lugar el día de la festividad de San Andrés del año 1220, lucen en sus escudos muchos cuarteles y orlas de las torres, casas armeras o caseríos del solar vasco.

Hasta nuestros días ha perdurado en una calle de Sevilla, el nombre de Vizcaínos, en recuerdo de quienes cortaron la comunicación entre la ciudad y el barrio de Triana, rompiendo con sus navíos el puente de este nombre, a las órdenes del Almirante Ramón Bonifaz, que guiaba trece naos

—treinta según la «Crónica de Vizcaya» de Ibargüen-Cachopin— y cinco galeras vascongadas en la conquista de Sevilla por Fernando III el Santo.

Pero este suceso merece punto y aparte, ya que lo vizcaíno tuvo una participación definitiva en esa efemérides, y entiéndase que al decir vizcaíno queremos abarcar también a lo guipuzcoano y a otros vecinos de la costa cantábrica, que entonces y después eran conocidos por aquel nombre para honra de los que lo ostentamos.

Se trató no sólo de conquistar Sevilla sino también de crear la primer Armada Española, sucesos ambos que acaban de conmemorarse con esplendor en toda España, iniciándose la conmemoración en Vizcaya y Guipúzcoa, porque en ambos Señoríos se obtuvieron las naves y los hombres que en unión de santanderinos y asturianos habían de tripularlas y ello por deseo expreso del propio San Fernando que comisionó al Almirante Bonifaz para que «viniera apriesa a guisar naves y galeras a Vizcaya e la mejor flota que pudiese e mejor guisada». Y en Portugalete, Poveña o Muzquiz y otros puertos de Vizcaya, en Pasajes y Guetaria, de Guipúzcoa y en Santander, *se guisaron* las naves, sirviéndose para la construcción material de ellas, de nuestros bosques, nuestras ferrerías y nuestros astilleros y para dotarlas de esforzados marinos de nuestra cantera de valor y patriotismo.

Esta primer Armada española, origen de la Marina de Guerra, tuvo su primer encuentro en aguas del Guadalquivir con las naves moras, de las cuales apresaron tres, hundiendo dos más e incendiando otra. El enemigo a su vez quiso quemar nuestros barcos, lanzando contra ellos fuego de alquitrán, pero lo impidieron los vizcaínos que mandaba el Almirante Bonifaz, el cual ordenó partieran dos naves a toda vela con-

tra el puente de barcas —unidas con cadenas— que enlazaba el barrio de Triana con el resto de Sevilla y la ruptura del puente, debido al ímpetu de las dos naves, dió lugar a la conquista de la capital andaluza.

El vate vizcaíno, Esteban Calle Iturrino, en la conmemoración de la conquista de Sevilla y del Séptimo Centenario de la fundación de la Marina de Castilla, escribió la siguiente décima que aparece en el Abra de Bilbao, en el monumento al Marino Vizcaíno, que levantó en esta ocasión la Excma. Diputación de Vizcaya:

Primero, la osada quilla
Que persiguió a las ballenas;
Después, aquellas cadenas
Destrozadas en Sevilla;
Más tarde, la maravilla
De ver surgir de las olas,
Ante vizcaínos serviolas,
De un nuevo mundo la playa...
¡Así realzó Vizcaya
Las empresas españolas!

Una de esas dos naves, que rompieron las cadenas de Sevilla, la mandaba nuestro paisano el Capitán Zaldívar, natural de Lequeitio, pero además la participación vascongada en la conquista de Sevilla tuvo aquel día de gloria del año 1248, el 23 de Noviembre exactamente, la colaboración por tierra de otros vizcaínos a las órdenes de su Señor, don Diego López de Haro, que era hijo de una hermana de San Fernando, nieto del que rompió el frente enemigo en la batalla de las Navas de Tolosa y padre del Diego López de Haro que fundó Bilbao el año 1300.

El Señor de Vizcaya tenía su cuartel general en la Maca-

rena y al atacar las murallas por la puerta de ese nombre, fué herido en la cara y lograda la rendición de Sevilla, a este Diego López de Haro correspondió por su valor y por lo que representaba en nombre del Señorío vizcaíno, el ser el primero en entrar en la capital andaluza al frente de las tropas y de todos los caballeros.

De los vizcaínos que habían participado en la conquista, muchos quedaron en Sevilla y con su colaboración pudo San Fernando fundar una maestranza y un astillero para renovar la Armada; y como homenaje a estos nuestros paisanos, hasta el siglo pasado ha llevado el nombre de *Vizcaínos* al que nos hemos referido más arriba, una calle junto a la puerta de la Macarena.

Durante el reinado de Alfonso XI, en la batalla que tuvo por escenario la orilla del río Salado, a poca distancia de Tarifa, el 30 de Octubre de 1340, destacaron por su heroísmo, en la lucha contra el infiel, los vizcaínos que pelearon junto a su Señor don Juan Núñez de Lara.

Participaron en el cerco de Algeciras los guipuzcoanos con el Merino Mayor don Baltasar Vélez de Guevara y sus bajeles fueron después hacia el Estrecho para defender posibles ataques por mar, de los moros, según consta en la cédula que Alfonso XI expidió el 23 de Mayo de 1345, en la que destaca que, «este servicio no había sido forzoso y que para adelante no parase perjuicio», aludiendo al carácter voluntario de la participación guerrera de los vascongados, que según sus Fueros, no tenían obligación de tomar las armas a no ser en su propio país vasco y para defenderse contra el extranjero.

Al ser derrotados los castellanos en Aljubarrota el 15 de Agosto de 1385, por los portugueses que obedecían a Al-

fonso I, de Avis, poco faltó para que cayera prisionero el Rey de Castilla, Juan I, que pudo salvarse porque le dejó su caballo el alavés Pedro González de Mendoza, Señor de Hita y Buitrago, que perdió la vida y se inmortalizó con el romance que empieza: «Si el caballo vos han muerto, subid, Rey, en mi caballo...».

En esta misma batalla fué hecho prisionero por los portugueses el también ilustre alavés y Canciller de Castilla, don Pedro López de Ayala, que como todos los de su linaje participó siempre en tierras castellanas en las andanzas guerreras más famosas de cada tiempo.

Sería interminable el relatar las intervenciones de los de esta estirpe ayalesa en las acciones guerreras de la Reconquista española, y ello sirva como botón de muestra para volver a decir que la participación vascongada es imposible recogerla, deteniéndose a relatar que fué un vasco el primero que escaló los muros de Córdoba y que otros tantos paisanos suyos fueron descollando por su valor en todos los acontecimientos guerreros del Medioevo español hasta la conquista de Granada.

Por vinculación de sangre vino a unirse el Señorío de Vizcaya con el Reino de Castilla, —afianzándose así la dependencia que el primero tuvo para con el segundo—, por el matrimonio de doña Juana Manuel, Señora de Vizcaya, con don Enrique II de Trastámara, «el de las Mercedes», siendo por tanto Rey de Castilla y Señor de Vizcaya el hijo de ambos don Juan I, que sucedió en el Señorío en 1370 y que juró los Fueros de Vizcaya en 1371.

Desde tiempos de Alfonso VIII se habían sumado a la Corona castellana la ciudad de Vitoria, el Condado de Treviño y algunas aldeas alavesas y la unión definitiva de Alava

a Castilla, tuvo lugar cuando aceptando el Señorío que le ofrecieron los alaveses, se trasladó don Alfonso XI, de Burgos a Vitoria y en los llanos de Arriaga les confirmó los privilegios que suscribió en Vitoria el 2 de Abril de 1332.

Con anterioridad a Vizcaya y Alava, se había unido Guipúzcoa a Castilla el 8 de Octubre de 1200 en que Alfonso VIII, «el de las Navas», acudió en persona a recibir el Señorío que le brindaban los guipuzcoanos, hasta entonces subordinados a Navarra.

Hay que hacer constar, que a pesar de la unión efectiva en la persona del Rey de Castilla, de los tres Señoríos vascongados, el guipuzcoano, el alavés y el vizcaíno, no dejaron los vascos de regirse por sus leyes propias, hasta la supresión de éstas en el pasado siglo diecinueve.



LA FRONTERA PIRENAICA

HEMOS visto, al esbozar lo que supuso la colaboración euscalduna en la Reconquista española, que no fueron remisos nuestros abuelos en la contribución de sangre a aquel gran empeño en que se luchaba por la Religión y por la Unidad nacional y además el mérito de esta aportación sube de punto debido a que ella fué voluntaria.

Según se recogió después en el Fuero de Vizcaya, los vizcaínos: «... siempre usaron, é acostumbraron ir, cada, y quando el Señor de Vizcaya los llamasse, sin sueldo alguno, por cosas, que á su servicio los mandasse llamar; pero fasta el Arbol Malato, que es en Lujaondo». Pasando de Luyando, en Alava, había el Señor de Vizcaya de pagar soldada a los suyos y ésta se cifraba en una cantidad mayor si los llevaba allende los puertos.

En caso de guerra en el propio país vasco, todos los vascongados eran soldados según sus Fueros, para defenderse contra el extranjero, y a este efecto aún debían de estar armados en tiempo de paz. La modalidad guipuzcoana que perduró hasta el siglo pasado consistía en que los naturales en las circunstancias de guerra que nos ocupan, acu-

dían a servir *no por orden* sino por *aviso y advertimiento* del Capitán general o de quien actuara en nombre del Rey su Señor.

Los excelentes efectos de este sistema se ponderan por el firme baluarte que supuso siempre Guipúzcoa contra las invasiones ultrapirenaicas. Cuando dependía de Navarra, por hallarse San Sebastián en la proximidad fronteriza, Sancho el Fuerte, a fines del siglo doce mandó levantar la antigua cerca y el Castillo de la Mota, y ordenó también fortalecer Fuenterrabía y posiblemente el Castillo de Faloaga, cerca de Oyarzun, los de Elosua, entre Azcoitia y Vergara, el de Arrasate, en Mondragón, el de Ataun y los de Escoriaza. Todas estas fortalezas, por entrega voluntaria, las puso Guipúzcoa en poder de Alfonso VIII de Castilla, cuando en 1200 le pidieron los guipuzcoanos que aceptara ser su Señor, después de que había vencido a su primo Sancho el Encerrado, Rey de Navarra, en la batalla del río Galarreta.

La vinculación de los guipuzcoanos para con Castilla se afianzó más por el hecho de pertenecer la Gascuña o Novempopulania, en Francia, al castellano Alfonso VIII, por herencia y dote de su mujer la Reina doña Leonor, de la Casa Real inglesa. En 1204 estuvieron los Reyes en San Sebastián, a donde parece pasaron a prestarles homenaje los Señores de la Gascuña, Vizconde de Bearne, Conde de Armañac y Vizconde de Tartax, que entre otros y juntamente con Obispos como los de Bayona y Vasaz, firmaron el 25 de Octubre de 1204, la escritura de donación hecha en San Sebastián por los monarcas, a favor de la Catedral de Dax.

Mantuvieron los Reyes de Castilla sus derechos sobre la

Gasuña o Novempopulania, hasta que Alfonso X, El Sabio, la traspasó en 1254 al Príncipe Eduardo, heredero de la Corona de Inglaterra y esposo de su hermana doña Leonor de Castilla.

Por ser voluntaria la contribución de sangre de los vascongados, vemos que cuando en 1311, Fernando IV de Castilla mandó a la ciudad de San Sebastián que acudiera con ciertas naves para levantar una armada contra los moros, siendo contra fuero la medida adoptada, la revocó el propio Rey y en 1345 un documento de Alfonso XI aclara que la aportación de San Sebastián con un determinado número de bajeles, al sitio de Algeciras de 1342, fué voluntaria y no obligada.

En tiempo de Alfonso XI los guipuzcoanos defendieron la frontera pirenaica y lograron a las órdenes de Gil López de Oñas, Señor de Larrea, en Amasa, una señalada victoria contra los navarros en la encañada de Beotíbar.

Como consecuencia de las hostilidades marítimas entre los ingleses por una parte y los vizcaínos y guipuzcoanos por la otra, quedó interrumpido su comercio, hasta que llegaron a un acuerdo firmando en Londres una escritura de concordia sobre comercio, vizcaínos, guipuzcoanos e ingleses, el 1.º de Agosto de 1351, y se fijó una tregua de veinte años por mar y por tierra. Los firmantes fueron en nombre de Eduardo VI de Inglaterra, Roberto Herle, Capitán en Calais, Andrés Oxford, doctor en leyes, Enrique Picuard y Juan de Wesenhant, y los de Vizcaya y Guipúzcoa, Juan López de Salcedo, Diego Sánchez Lupard y Martín Pérez Galindano, natural de Guetaria.

Las correrías de los marinos vascongados, llegaron a obligar a Eduardo VI a levantar una armada, para cuyo sos-

tenimiento impuso un derecho de cuarenta dineros esterlines sobre cada pipa de vino que se extraía por mar de Burdeos y lugares próximos. El Rey de Inglaterra se dispuso a salir en persona contra los españoles, según se desprende de un oficio dirigido el 10 de Agosto de 1350 al Arzobispo de Canturbery, Primado de Inglaterra, pidiendo que se hicieran públicas rogativas, y de una orden dirigida a los jurados y magistrados de Bayona, dependientes entonces de la corona inglesa, para que rompieran tregua, si la tenían, con los vascongados españoles, y formaran una armada contra los bajeles que en gran número navegaban más allá del Canal de la Mancha.

Fijada con los ingleses la tregua de veinte años, ajustaron otra los guipuzcoanos con la ciudad de Bayona, en 1353, en la Iglesia de Santa María de Fuenterrabía, firmando como procuradores de San Sebastián, Juan Gómiz y Martín Guillermo. El mismo año 1353 firmaron otro tratado de confederación los de Bayona con los vizcaínos, en la propia Iglesia de Fuenterrabía y se corroboraron las capitulaciones entre San Sebastián, Bayona, San Juan de Luz, Biarritz, Cabretón y otros pueblos de la costa, ante Salvador Vidart, notario apostólico e imperial, el 15 de Abril de 1432.

Entre ambas capitulaciones, las de 1351-1353 y la de 1432 hubo nuevas hostilidades y así Enrique II de Trastámara, Rey de Castilla, pasó en 1374 de San Sebastián a Bayona y puso sitio a los ingleses en esta última plaza, con un ejército de once mil hombres. Incitó al castellano para esta empresa el Duque de Anjou, previniéndole del peligro que suponían los ingleses contra Guipúzcoa y Vizcaya, pero faltó Anjou a la palabra, de auxiliar al Rey con sus tropas desde Tolosa.

La participación vascongada en este empeño queda ci-

frada en el hecho de que don Beltrán de Guevara, Señor de Oñate que acompañaba a Enrique II en el sitio de Bayona, que al cabo lo levantó, fué premiado por el monarca con la concesión del valle Real de Léniz, que luego se revocó volviendo a ser Señorío de realengo.

Dos años antes del sitio de Bayona, en 1372, los vizcaínos y los guipuzcoanos levantaron en sus costas, una armada que se puso al mando de Ruiz Díaz de Rojas y que en auxilio de Francia contra Inglaterra, navegó desde Santander a la Rochela, donde saltando la gente a tierra desbarató a los ingleses y al Capitán Puche.

Aunque no hemos de citar todas las ocasiones en que la defensa fronteriza de Guipúzcoa evitó irrupciones extrañas en el suelo patrio, recordaremos que cuando en 1476, se aliaron contra los Reyes de Castilla, Luis XI de Francia y Alfonso V de Portugal, ordenaron a Amán, Señor de Labrit, que invadiera Guipúzcoa. En efecto, con un Ejército de cuarenta mil hombres pasó Labrit el Pirineo y después de haber incendiado la villa de Rentería puso sitio a San Sebastián, pero debido al ardor con que se defendieron los donostiarras, hubo de abandonar el empeño y puso entonces sitio a Fuenterrabía. En auxilio de ésta acudieron los de San Sebastián, socorriéndola por mar con gente armada y desde Vitoria acudió allí el propio Fernando el Católico con cincuenta mil hombres. La crónica de este hecho refiere que los guipuzcoanos tomaron parte activa en la lucha, mostrándose leales a su Rey, esforzados en las peleas y liberales de sus bienes, «porque mantuvieron la guerra a sus propias expensas» y hubieron además de invertir grandes caudales en fortificar de nuevo los torreones, almenas y baluartes, las murallas y cerca antigua de San Sebastián.

Desde Guipúzcoa, los ingleses a las órdenes del General Dorset realizaron en 1512 una incursión por la Gascuña, causando algunos daños en San Juan de Luz y otros pueblos comarcanos pero no tuvo mayor envergadura el episodio porque pronto regresaron a Inglaterra, sin conquistar la Guiena, sobre la que pretendía tener derecho Enrique VIII, que ordenó la retirada al ver que el Duque de Alba no acababa de prestar la prometida colaboración para esa empresa, ya que continuaba aún con la conquista de Navarra.

A fines del citado año 1512, pasó el Pirineo un ejército francés de quince mil hombres y cuatrocientos caballos, a las órdenes del mismo Carlos, Duque de Borbón, que años después sirviendo a España tomó Roma en 1527 cuando nació Felipe II. En la ocasión primera que nos ocupa, acompañado del Delfín que luego fué Rey Francisco I, acudía en auxilio de Juan de Labrit, pretendiente a la corona de Navarra, y Borbón después de quemar Irún, Oyarzun, Rentería y Hernani, alcanzó el 17 de Noviembre Oriamendi, desde donde dominaba San Sebastián, a la que puso sitio.

Sólo dos días duró el cerco de San Sebastián, porque sus naturales que obedecían a Juan de Lanuza y a Juan de Aragón, nieto de Fernando el Católico, dispuestos a la defensa, abandonaron cerca de dos centenares de viviendas en los arrabales, y las prendieron fuego, para que no las utilizara el enemigo. Este al ver el temple de los donostiarras, levantó el sitio el día 19 de Noviembre de 1512, después de recibir como respuesta a su requerimiento de rendición, las llamas prendidas en los géneros almacenados en los arrabales.

En el mes de Diciembre de 1512 es cuando los guipuzcoanos por la victoria que obtienen en Belate, de Navarra, suman a su escudo el cuartel con los doce cañones que ganaron a los navarros y que les concedió la Reina doña Juana.

**LOS VASCOS EN AMERICA Y EN LOS
NUEVOS MARES**

EL afecto de los vascongados hacia los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, queda demostrado por el hecho de haber tomado partido a su favor aún antes de que muriera Enrique IV su antecesor en el trono de Castilla.

Es timbre de gloria para los vizcaínos que quienes realizaron la auténtica unidad española, fueran Señores de Vizcaya antes de ser Reyes de Castilla, ya que en el mes de Septiembre de 1473 se solicitó de Isabel que jurara los Fueros y ella los juró en Aranda de Duero en el siguiente mes de Octubre y siendo ya Reyes confirmaron este juramento en Guernica, don Fernando en 1476 y la Reina en 1483.

Se había exteriorizado este sentimiento de Vizcaya a favor de Isabel la Católica, el 27 de Abril de 1471, en la batalla de Munguía, en la que contendieron, por una parte el Conde de Haro, como partidario de don Enrique IV, y por la otra a favor de la hermana de éste, el Conde de Treviño, apoyado por los Butrón y Abendaño. La derrota que sufrió el campeón de Enrique IV, se conmemoró haciendo alusión a otra acción guerrera: «Esta es Vizcaya, buen Conde de Haro. Esta es Vizcaya, que no Belorado».

La ayuda a los Reyes Católicos se refleja asimismo el año 1476 en la expedición vascongada contra los pueblos de Galicia partidarios de Alfonso V de Portugal, de los que se consiguió depusieran su rebeldía demostrando su valor los vascos en Viveros, Pontevedra y Bayona de Galicia y en este último puerto se apoderaron de una pieza de artillería, que arrojaba balas de piedra de ciento setenta y cuatro libras.

Para la guerra contra los turcos después del sitio de Rodas, pidió en 1480 fuerzas navales don Fernando, y los guipuzcoanos y vizcaínos rechazaron la obligación del servicio, no atendiendo a la adulación «de ser gente sabia en el arte de navegar y esforzados en las batallas marinas, y que tenían naves y aparejos para ello, y que en estas tres cosas que eran las principales para las guerras de la mar eran más instruídos que ninguna otra nación del mundo». Pero una vez salvados sus derechos y al desistir de su demanda los comisionados que envió el Rey, armaron Guipúzcoa y Vizcaya voluntariamente cincuenta navíos que ofrecieron a don Fernando y que al mando de don Francisco Enríquez, contribuyeron a que los turcos levantaran el sitio puesto a Otranto.

En la empresa más gloriosa de la historia de España, la del descubrimiento y conquista de América, que cupo a la misma Castilla regida por Isabel la Católica, que dió remate a la Reconquista española contra los moros; lo vascongado superó la proporción que le correspondía por la parte que tuvo en los anales castellanos, desde el nacimiento de Castilla, en tiempos de Fernán González.

Prescindiendo de si hubo noticias Cristóbal Colón de la existencia de las tierras que descubrió allende el Atlántico, por un tal Vizcaíno Andabouza o por los tripulantes de una nao vizcaína que había sido arrojada por un fuerte temporal

a las islas de las Indias Occidentales, como algunos suponen; es lo cierto que de las tres carabelas llamadas Pinta, Niña y Santa María, ésta última perteneció al célebre cartógrafo Juan de la Cosa, cuyo linaje aunque procedía de Santoña, tuvo distintas ramas que se establecieron en Portugaleta y otros lugares de Vizcaya, por lo que Ispizua llegó a creer que el famoso cartógrafo fuera vizcaíno, pero la base no tiene la menor consistencia.

En su obra «Historia de los vascos en América» don Segundo de Ispizua puntualiza que Juan de la Cosa era propietario de la Santa María cuando ésta realizó el primer viaje a América, en el que Cosa también participó, y afirma Ispizua que la nave no se llamaba antes «La Gallega» como se ha dicho, sino la «Mari-galante». Aduce el testimonio de Fray Bartolomé de las Casas: «Juan de la Cosa, vizcaíno, vino con el Almirante cuando descubrió esta isla», la de Santo Domingo, en el primero de los viajes, y luego añade que le acompañó en todos los viajes que hizo.

Pero esa calificación de vizcaíno, como antes hemos dicho, se aplicaba no sólo a los hijos de Vizcaya sino también a guipuzcoanos, santanderinos y demás habitantes de la costa del Cantábrico, en el norte de España.

También ofrece Ispizua la referencia de una cédula que aludiendo a Juan de la Cosa, dice: «Fuisteis por Maestre, de una nao vuestra a los mares de Occidente donde en aquel viaje fueron descubiertas las tierras e Islas de las Indias, e vos perdisteis la dicha nao, e por vos lo remunerar e satisfacer, ...»

Efectivamente la «Santa María» encalló en las costas de la isla de Santo Domingo, pereciendo en esta ocasión sus tripulantes vascongados, porque según don Hernando Colón

en su «Historia del Almirante de la India», de aquella gente «eran todos o los más de su tierra», de la de Juan de la Cosa. Más adelante escribe el hijo del descubridor en relación a otros vizcaínos que participaron en el primer viaje a América. Pero sólo queda constancia de Domingo de Bermeo, muerto en Indias y de Pedro de Bilbao, de Larrabezúa. Asimismo era de origen vasco, aunque natural de Córdoba, don Diego de Arana, que quedó de Almirante en la colonia Navidad, de la Isla de Santo Domingo, cuando volvió Colón a España, y que era hermano de la madre del antes citado Hernando Colón.

Para el segundo viaje del descubridor, con la ayuda del bilbaino Juan de Arbolancha, se alistó en Bermeo una flota importante compuesta de una carraca, de cuatro navíos y de una carabela, cuyo mando se dió al general de marina don Iñigo de Artieta, natural de Lequeitio. Mas tan brillante flota no llegó a ser utilizada para el viaje al Nuevo Mundo, porque se destinó para que llevara a Africa al vencido Rey Boabdil, de Granada, y luego pasó a Sicilia, ya que lo vascongado se halla en cuantos lugares es necesaria la presencia armada de la que comenzaba a ser poderosa España.



Nuevamente acompañó a Colón en su segundo viaje el cartógrafo Juan de la Cosa y también fueron con él Sebas-

tían de Olano, como receptor de la Armada, y el luego famoso Juan de Garay. Al arribar a las pequeñas Antillas, en aguas de la isla de Guadalupe, resultó herido por una flecha india un marinero vizcaíno, que falleció al llegar a Santo Domingo.

En este segundo viaje de Colón, además de caballeros como Fernando de Guevara, Bartolomé de Salcedo, Luis de Arteaga, y Miguel Mulcaraz o Muncharaz y otros varios vizcaínos, aparecen acompañando al Almirante el 29 de Abril de 1494, en el descubrimiento de Cuba, más de media docena de vizcaínos.

Antes del tercer viaje de Colón, descubrió oficialmente Terranova en 1494, como nueva tierra, el italiano Juan Cabot que servía a Inglaterra, y encontró allí pescadores europeos que andaban a la caza de ballenas, y posiblemente eran vascos, de los cuales aprendieron la palabra *bacallao*.

De las seis naves que en su tercer viaje llevó Colón a Indias, tres fueron al mando de Pedro de Arana, hermano de la madre de Hernando Colón, y de las otras a las órdenes directas del descubridor, una era vascongada y la mandaba el piloto Pedro de Ledesma. Además formaban parte de la expedición el Pedro Bilbao, de Larrabezúa, del primer viaje, Martín de Arriarán y Bernardo de Ybarra. Este último, hombre ilustrado, parece era secretario o amanuense del propio Colón.

El más importante de los viajes realizados hasta entonces al Nuevo Mundo, tuvo lugar en 1499 y en carta que por orden del Almirante escribió Bernardo de Ybarra, a los Reyes Católicos se daba cuenta del descubrimiento del golfo de Paria y del envío de muestras de perlas y granos de oro que allí recogieron.

Según el Padre Las Casas, el Obispo Fonseca que «era muy capaz para mundanos negocios, señaladamente para congregar gente de guerra para armadas por el mar, que era más oficio de vizcaínos que de Obispos», incitó a la organización de esta expedición que como piloto general y al mando de

uno de los dos navíos dirigió Juan de la Cosa, y como Capitán general Alonso de Hojeda. En el otro barco iba de capitán el alavés Hernando Ladrón de Guevara y entre la tripulación formaban un Ochoa, Juan Alonso Vizcaíno y el florentino Américo Vespucio.

Partieron los dos barcos de España y a los veintisiete días llegaron a las Indias, recorriendo la costa e islas próximas al golfo de Paria, las actuales Guayanas, el golfo que denominaron de Venezuela y parte de Colombia. La astucia de Américo Vespucio al atribuirse el descubrimiento de la primera tierra firme en ultramar, publicando más tarde algunos mapas y escribiendo relatos y cartas, tuvo como consecuencia el que se diera su nombre al continente, con perjuicio de Colón que sin saberlo estuvo en él al desembarcar en el golfo Paria, y con perjuicio de los jefes de la expedición en que fué Vespucio, especialmente de Juan de la Cosa, piloto general que se percató del descubrimiento que realizaban.

Al regresar del viaje, el año 1500, es cuando Juan de la Cosa dió a conocer el mapamundi, que abarca todo el mundo hasta entonces conocido. Este inapreciable documento que se custodia ahora en el Depósito Hidrográfico de Madrid, dice de los altos conocimientos científicos del ilustre cartógrafo y fué el primer mapa de América, olvidado casi hasta tiempos recientes, en que ha sido estudiado con detenimiento por Humboldt.

Como piloto de la expedición de los marinos Vicente Yañez Pinzón y Juan Díaz Solís, que partió del puerto de Palos en Diciembre de 1499, fué el vascongado Pedro de Ledesma. En este viaje fué atravesada por primera vez, en aquellos mares, la línea equinoccial, perdiéndose de vista la estrella polar, y se descubrió Brasil a fines de Enero del año 1500,

a la altura del Cabo San Agustín, reconociéndose después la boca del río Marañón o Amazonas.

En otros viajes que se sucedieron, también mostraron su presencia varios vascongados, destacando entre los descubrimientos los realizados por Juan de la Cosa, en 1501 en las costas de Venezuela, Colombia, Panamá y Costa Rica.

Muchos fueron los vascos que tomaron parte en el cuarto y último viaje de Colón a Indias, que se inició el 11 de Marzo de 1502. Como piloto de una nave iba Pedro de Ledesma y aparecen consignados en la *Carabela Capitana*, el grumete Diego de Portugaleta, que falleció el 4 de Enero de 1503, el tonelero Martín de Arriera o Arrieta, el calafate Domingo Vizcaíno, que falleció el 6 de Abril y el trompeta Gonzalo de Salazar; en la *Carabela Santiago de Palos*, el grumete Diego de Mendoza, el calafate Domingo Darana o de Arana, que falleció el 6 de Abril, el carpintero Machín y el marinero Juan de Quijo, Quexo o Guecho; y en la *Carabela Vizcaína*, el Contraamaestre guipuzcoano Martín de Fuenterrabía, que falleció el 17 de Septiembre de 1502, el marinero Pedro de Ledesma, el grumete Miguel de Larriaga —Arriaga o Elorriaga— que falleció el 17 de Septiembre de 1503, el grumete Pascual de Anzúrraga, que murió el 27 de Junio de 1504, y el grumete Gregorio de Zaldo, muerto el 27 de Junio de 1503.

La primera costa que en este viaje tocaron las carabelas fué la de Honduras y luego fueron navegando hasta el Sur, habiendo sido abandonada por su mal estado la nave *Vizcaína*, en territorio de Panamá que fué descubierto entonces, así como Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

En 1504 realiza Juan de la Cosa otro viaje al Darién, en Panamá, que lo repitió tiempo después.

Con objeto de hallar un paso que condujera desde el continente descubierto hasta las islas de Asia, mandó el Rey de España que se construyera en Vizcaya una escuadra. Ultimada ésta, se puso a las órdenes de Yáñez Pinzón y Solís y previa la reunión de una junta de pilotos, en la que intervino Juan de la Cosa, partieron las naves en 1508.

Fué alcanzado al Sur el paralelo 40, pero por falta de armonía entre los jefes no continuó la navegación, cuando se hallaban próximos al Río de la Plata que lo descubrió años después, en 1515, el propio Solís, muerto en la misma orilla a manos de los indios, junto con otros compañeros, entre los que se contaba el factor Francisco Marquina.

Habiendo descubierto Ponce de León en 1512 la península de la Florida —acompañándole entre otros el vasco Juan Mejía Guiluz o Eguiluz— y por su parte Grijalva en 1518 la costa hasta Veracruz; el vasco Francisco de Garay Gobernador de Jamaica, armó a sus expensas cuatro navíos con el deseo de hallar algún estrecho o bahía en tierra firme y descubrió la casi totalidad del golfo de Méjico, desde la Florida hasta Veracruz.

Las crónicas de Indias elogian como militar a Diego de Salazar, de excepcional valor, que en una ocasión atacó él sólo a trescientos indios, hiriendo a muchos de ellos y logrando liberar a un joven español que tenían preso.

De apellido vasco era el sevillano Juan de Esquivel que conquistó la isla de Jamaica y con Diego Velázquez fué Francisco de Berrio uno de los primeros pobladores de la isla de Cuba.

Y no es sólo en los descubrimientos, sino también en la colonización americana, donde aparecen vascongados en primera fila, desempeñando los puestos de más responsabi-

lidad y aportando familias enteras para la gran obra civilizadora. La primera expedición de colonos en la historia del Nuevo Mundo fué la de cuarenta familias vascas, que llevó don Luis de Arriaga en 1501 a la isla de Santo Domingo.

Deseando el Rey de España que se fundaran colonias en tierra firme, se organizaron en 1509 dos expediciones, una dirigida por Alonso de Hojeda y la otra por Diego de Nicuesa, y habiendo discrepado respecto a la zona que a cada uno correspondía poblar, ya que pretendían ambos que la provincia del Darién, que es la faja más estrecha del actual Istmo de Panamá, quedara en su correspondiente sector, intervino Juan de la Cosa, que señaló a Hojeda el territorio al Poniente del río Grande del Darién, y al Oriente a Nicuesa.

Hay que destacar, como luego diremos, que, Juan de la Cosa, fué quien costeó la fundación de la primera población española en la América continental, pero en esta ocasión partieron de la isla de Santo Domingo el 12 de Noviembre de 1509 dos navíos, dos bergantines, trescientos hombres y doce yeguas, llevando a las órdenes de Hojeda los primeros colonos de la tierra firme americana.

Días después, el 20 del mismo mes y año, partía la expedición de Nicuesa, en la que iba de Capitán General o segundo Jefe, el vasco Lope de Olano.

En Colombia, en las costas de Cartagena, desembarcaron Hojeda y Juan de la Cosa y éste murió allí luchando bravamente contra los indios, que les hicieron frente y mataron a todos los que habían desembarcado, excepto a Hojeda que logró salvarse y regresar a bordo, pero vengaron estas muertes los hombres de Nicuesa, que a los pocos días llegaron a Colombia.

De Juan de la Cosa sus contemporáneos nos ofrecen los mejores elogios. Bernardo de Ybarra, que no se entendía bien con él, dice que era «hombre hábil en las cosas de la mar»; para las Casas «el mejor piloto que había»; por «hombre diestro en las cosas de la mar y valiente hombre de su persona» le conceptúa Oviedo; y la Reina Católica le da preferencia sobre otros pilotos, porque «cree lo sabrá hacer mejor».

Nicuesa, Olano y su gente pasaron de Cartagena al golfo de Urabá, en donde dieron el nombre de Misas a un puerto en el que se celebró la primera de la que se tiene noticia en el nuevo continente. Al partir del río Lagarto o Chagre, después de que dieron nombre al referido puerto, perdió de vista a la nave de Nicuesa el bergantín que mandaba el vizcaíno Lope de Olano, que debido a la tormenta regresó a Misas.

Con otro bergantín, al que encontró en el camino y del que era capitán Pedro de Umbría, se dirigió Olano rumbo a Veragua, creyendo que allí encontraría a Nicuesa. Establecidos en aquel lugar, los hombres que tripulaban ambos bergantines, eligiendo por Capitán General a Olano, construyen un castillo junto al río Veragua y fundan un pueblo en el río Belén.

Enterado Olano de que Nicuesa no lejos de Veragua, había perdido su nave en un río, envió un bergantín en su auxilio, pero fué correspondido injustamente, pues fué hecho preso e inculpado de traición y por quitarle la gloria Nicuesa trasladó la población de Veragua a Puerto Bello.

Por aquel tiempo prosperó en cambio la fundación de la colonia o villa de San Sebastián, que inició en 1504 Juan de la Cosa, y que la continuó Alonso de Hojeda y según el his-

torizador Gomara, la villa americana de San Sebastián, «fue el primer pueblo de españoles en la tierra firme de Indias».

Sucedió Francisco de Pizarro a la muerte de Hojeda, en el gobierno de la colonia de San Sebastián, y en 1509 fue trasladada a Cartagena, en donde Enciso se hizo cargo del mando como sucesor oficial de Hojeda. Con él llegaron Vasco Núñez de Balboa y el bilbaino Martín Sánchez de Zamudio, todos los cuales se trasladaron al Darién, fundando la villa de Santa María de la Antigua, primer población que perduró en el continente americano.

Depuesto Enciso del cargo de Gobernador, fueron elegidos Balboa y Zamudio, Alcaldes de la Villa, y el vizcaíno Pedro de Macax como Regidor. Era pariente de Zamudio, el Lope de Olano que desde Puerto Bello hizo saber a los de Santa María la Antigua del Darién, que el Gobernador Nicuesa le tenía preso y el auxilio llegó pero tuvo como fatal desenlace la inhumana eliminación de Nicuesa.

Habiendo persuadido Núñez de Balboa a su compañero Zamudio, para que pasara a España, con objeto de vindicar la conducta que habían observado y dar noticia de la fundación de la Villa y de las riquezas de la región, quedó como único jefe en el Darién, realizando entonces el descubrimiento del Océano Pacífico, de cuya existencia tenía noticias por los indígenas.

Fue el 25 de Septiembre de 1513 cuando la expedición llegó a las cumbres más altas de la cordillera que divide los dos Océanos. Subía sólo en cabeza Vasco Núñez de Balboa, que al divisar el mar, se hincó de rodillas y alzando las manos al cielo, dió gracias a Dios.

Al descender a la costa, el primero que entró en una de las embarcaciones indias fue Martín Alonso y el segundo el

vasco Blas de Atienza, que pidió fueran todos testigos de que él era el segundo que entraba en lo que llamaron el Mar del Sur. Luego Balboa, que llegó después, el 29 de Septiembre, se metió en el mar hasta los muslos con espada y rodela y en nombre de los Reyes de Castilla tomó posesión del Océano.

Acompañaban a Balboa, ese día, los vascos Pedro de Arbolancha, natural de Bilbao, Blas de Atienza, Antonio u Ortuño de Baracaldo, natural de la anteiglesia de su apellido, y Pedro de Orduña.

Quien llevó a España la buena nueva del descubrimiento, por encargo de Núñez de Balboa, fué su gran amigo el bilbaino Pedro de Arbolancha, que en 1514 dió cuenta al Rey de su misión, que como escribe Las Casas fué acogida con gran regocijo «como si entonces se hubiesen descubierto estas Indias».

Los intentos de hallar un paso entre los dos mares, fueron secundados por el vasco Francisco de Garay, en la parte de la Florida, cuando sus naves fueron las primeras en adentrarse por el río Mississippi.

Pero la gloria de descubrir ese paso cupo al portugués Hernando de Magallanes, al servicio de España, que partió de Sevilla el 10 de Agosto de 1519, acompañándole entre otros vascongados además de Juan Sebastián Elcano, el maestre guipuzcoano Juan de Elorriaga, el contra maestre Juan de Acurio, natural de Bermeo y el Capitán Luis de Mendoza, de apellido vasco. De los marineros hasta treinta y uno eran vascongados.

Pasando por el estrecho que lleva el nombre de Magallanes, el 27 de Noviembre de 1520, desembocaron los navíos en el nuevo mar, lanzando salvas de artillería, cuyas piezas fueron construídas en Bilbao y la pólvora en Fuente-

rrabía y debido al buen tiempo que disfrutaron durante la navegación, dieron el nombre de Pacífico al nuevo océano.

Prosiguiendo su ruta, descubrieron a fines de año las islas Desventuradas y el 20 de Enero de 1521 las que denominaron de los Ladrones, porque lo eran los indígenas —a lo menos respecto a cuanto había a bordo de las naves españolas— y que luego se llamaron Marianas, como homenaje a la Reina Madre, de Carlos II, en cuyo tiempo fueron colonizadas.

También divisó Magallanes las islas Carolinas y Palaos que después reconoció, tomando posesión de ellas, para España, el vasco Toribio Alonso de Salazar, en 1526 y con posterioridad, en 1594, descubrió Mendaña, las Marquesas y en 1606 Quirós, las Haití.

En la isla de Cebú del archipiélago de Filipinas, murió Magallanes el 27 de Abril de 1521 y tras las peripecias por todos conocidas, el guipuzcoano Juan Sebastián Elcano, natural de Guetaria, como Capitán de la Nave *Victoria*, única que siguió el viaje de circunvalación, fué el primero que demostrando la esfericidad de la Tierra, dió la vuelta al mundo, pasando por el Cabo Buena Esperanza al Sur de Africa, y llegando el 6 de Septiembre de 1522 a San Lúcar de Barrameda, a los tres años de haber salido de España.

En camisa, descalzos y con hachas en las manos, acudieron el día 8 a la Iglesia Mayor de Sevilla a dar gracias a Dios, los dieciocho héroes que habían dado la vuelta al mundo.

De ellos cuatro eran vascos; su Capitán Juan Sebastián Elcano, el Contramaestre, Juan de Acurio, de más de 30 años, natural de Bermeo, el grumete Juan de Arratia, de más de 20 años, natural de Bilbao, y el paje Juan de Zubileta, de más de 18 años, natural de la anteiglesia de Baracaldo.

Detenidos por los portugueses, que se apoderaron del batel del *Victoria*, quedaron en las islas de Cabo Verde, ya muy cerca de España, trece tripulantes, de los cuales cuatro eran vascongados: el piloto Martín de Insaurraga o Izaurraga, natural de Bermeo, el grumete Pedro de Chindurza o Indarchi, natural de Bermeo, el marinero Lorenzo de Iruña, guipuzcoano, y el grumete Pedro de Tolosa, natural de la villa de su nombre.

Fué organizada una nueva expedición con igual destino, construyéndose cuatro de los navíos en Portugalete y los tres restantes en Galicia y como piloto mayor y guía iba al mando de la nave «Sancti Spiritu», Juan Sebastián Elcano, y el patache «Santiago» lo mandaba otro guipuzcoano, el Capitán Santiago de Guevara.

Para activar la construcción fué Elcano a Portugalete y luego en Guetaria embarcó rumbo a Galicia, acompañado del piloto Andrés de Urdaneta, natural de Villafranca de Guipúzcoa, del piloto Martín de Uriarte, del presbítero Juan de Aréizaga y Guevara, cuñado de Elcano, y de otros quince vascos, entre ellos dos hermanos de Elcano: el piloto Martín Pérez Elcano y el ayudante de piloto, Antón Martín Elcano.

De La Coruña partió la flota el 24 de Julio de 1525, a las órdenes de García Jofre de Loayza, caballero vascongado, nacido en Ciudad Real y Comendador de la Orden de San Juan de Malta y después de tocar en la tierra que se halla junto al cabo que denominaron de las Vírgenes, y que creyeron correspondía al estrecho de Magallanes, tras varias aventuras, únicamente cuatro navíos lograron alcanzar el Pacífico.

Navegando por él fueron falleciendo muchos de los enfermos de a bordo, entre ellos Loayza, Capitán General de la

flota, el 30 de Julio de 1526, y el propio Juan Sebastián Elcano el 4 de Agosto siguiente.

Se dispersaron por el Pacífico los restos de la brillante escuadra que un año antes había partido de La Coruña y a las costas de Méjico, al itsmo de Tehuantepec llegó el patache «Santiago», al mando del guipuzcoano Santiago de Guevara, y como no tenían bote para desembarcar, su primo el sacerdote don Juan de Aréizaga y Guevara, fué temerariamente a tierra como voluntario, agarrándose a una pequeña caja y a nado. Cuando le faltaron las fuerzas, providencialmente le salvaron unos indios, que una vez que recobró el conocimiento le mostraron la Cruz hincada en el suelo.



Pasó Aréizaga a Méjico, a saludar a Hernán Cortés que al percatarse era factible la comunicación por mar con los archipiélagos descubiertos en las proximidades del continente asiático, organizó una expedición, cuyos barcos se perdieron en la travesía, llegando uno sólo de ellos a las Molucas.

Durante muchos años estuvieron precisamente en las Molucas, varios españoles, que allí arribaron en la nave que mandara Elcano y que al morir éste, gobernó el encartado Toribio Alonso de Salazar. A éste le sucedió luego Martín Iñíguez de Carquizano, natural de Elgóibar.

Como compañero de éstos, hay que recordar entre otros vascos a Andrés de Urdaneta, que no partió de las Molucas hasta el 15 de Febrero de 1535, en que recorriendo las islas de la Especiería regresó a España, desembarcando en Lisboa en Junio de 1536.

Tomó Urdaneta el hábito de San Agustín, en Méjico, en

1552, y era tan grande su fama de marino que el año 1559 el Rey de España le pidió que como cosmógrafo, fuese en la expedición que se organizaba para el descubrimiento de las islas del Poniente. Aceptó la petición Fray Andrés de Urdaneta y el también vascongado Miguel López de Legazpi y Gurruchátegui, natural de Zumárraga, fué nombrado jefe de aquella empresa.

Entre los vascos que acompañaron a Urdaneta y Legazpi se contaban en la Capitana «San Pedro» el Capitán o Maestro de navío, Martín de Ybarra, natural de Bilbao, el Alférez General de la Armada, Andrés de Ybarra, natural de Méjico, el Capitán de Infantería, Martín de Goiti, Andrés de Mirandola, sobrino de Urdaneta, Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi como hijo de Pedro Salcedo y de su mujer Teresa de Legazpi, y los Padres Agustinos Fray Martín de Rada y Fray Andrés de Aguirre y en los otros navíos «San Pablo», «San Juan» y «San Lucas» iban otros diez vascongados.

De las costas de Méjico salieron los buques el 20 de Noviembre de 1564 y previa toma de posesión de las islas de los Ladrones o Marianas, a nombre del Rey de España, llegaron a la isla Cebú el 27 de Abril de 1565 y realizaron la conquista de las islas Filipinas.

Cumplido su cometido de pilotar la expedición, regresó Urdaneta a Méjico, en la nave «San Pedro» que mandaba Felipe de Salcedo, saliendo de Cebú el 1.º de Junio de 1565 y llegando a los cuatro meses, el 3 de Octubre, a Acapulco.

A Miguel López de Legazpi, que fundó Manila en 1570 y contó con la colaboración de su nieto Juan de Salcedo, le sucedió en el gobierno del archipiélago de Filipinas, por él conquistado y colonizado, el vizcaíno Guido de Labezarri,

que había tomado parte en 1542, como Contador de la Armada, en la expedición de Ruiz López de Villalobos, en cuyo navío «San Juan», el Capitán alavés Iñigo Ortiz de Retes, descubrió la Nueva Guinea, nombre que puso a la isla australiana por ser sus habitantes negros como los de la Guinea Africana.

En tiempo de Labezarri y enviados por él llegaron a China el 5 de Julio de 1575 varios españoles, formando parte de la embajada que presidía el vasco Padre Martín de Rada. Años después en 1611 el vasco Sebastián Vizcaíno fué recibido en audiencia por el Emperador y el Príncipe Imperial del Japón.

El lugar del que partieron los conquistadores de Filipinas, merece también señalarse como vinculado a lo vasco. El conquistador de Méjico, Hernán Cortés, gloria de España, era oriundo de los Ayala alaveses por el apellido Monroy de su madre, y usaba por armas escudo de cuatro cuarteles con un águila imperial en el primero; tres coronas de oro, en campo negro, en el segundo; un león dorado en campo de gules, en el tercero; y la ciudad de Méjico de plata, en campo azul, sobre ondas azules y blancas, en el cuarto; y por escusón los cuatro bastones rojos en campo de oro y orla azul con ocho cruces de Jerusalén, de plata, armas del Infante don Vela, al que se atribuye la fundación de la casa de Ayala, en Alava.

Intervino en el descubrimiento de Yucatán, en 1517, como armador y partícipe en la expedición, el vascongado Lope Ochoa de Salcedo, con otros dos vecinos de Santiago de Cuba y antes hemos aludido al vasco Francisco de Garay, que descubrió el río Mississippi, casi todo el litoral del golfo de Méjico y la provincia de Amichel y que envió al Pánuco

tres navíos, cuya gente se sumó después a la del conquistador Hernán Cortés.

A éste se debe el descubrimiento de Méjico o Nueva España y en su designación para llevar a cabo la empresa, intervino a decir de Bernal Díaz, el vasco Martín de Lares, amigo de Velázquez. Entre los colaboradores de Cortés hay que contar como muy destacado, el vasco Martín López y hasta el medio centenar de vascongados aparece en la relación de los que participaron en la conquista de Méjico.

La mayor parte del territorio de Xalisco, recibió en Méjico el nombre de Nueva Galicia y fué conquistada por Nuño de Guzmán, figurando en la campaña varios capitanes vascos, entre ellos Cristóbal de Oñate y Miguel de Ybarra y en las expediciones de auxilio que luego se enviaron desde Méjico, una de ellas a las órdenes de Fray Andrés de Urdaneta, participaron los Capitanes Juan de Anuncibay, Iñigo López de Anuncibay, Miguel de Ludeña y Angel de Villafañe Salcedo.

Siguió en 1554 a la conquista de Nueva Galicia la de Nueva Vizcaya, que comprendía hasta los límites del Canadá de entonces, los actuales estados de Arizona, Nuevo Méjico, Texas y Nevada de los Estados Unidos de América. Descubridor de estas tierras fué el guipuzcoano Francisco de Ybarra, sobrino de Diego de Ybarra, que era hermano del antes citado Miguel y ese Diego de Ybarra, Caballero del Hábito de Santiago, fué Embajador de España en Francia y estuvo casado con doña Ana de Castilla, hija del Virrey del Perú, Luis de Velasco, nieta del homónimo de éste, Virrey de Méjico y también nieta del Virrey Antonio de Mendoza.

En el Ayuntamiento de Durango, la villa duranguesa del antiguo Señorío de Vizcaya, de donde era natural la madre

de Francisco de Ybarra existe un precioso documento en el que se le alude como sobrino de Diego de Ybarra, Caballero de Santiago, y que se titula «Confirmación del Mayorazgo de los muy Ilustres Señores Diego de Ybarra, Caballero de la Orden de Santiago y Doña Ana de Velasco su mujer».

Para reconstruir la filiación de esta ilustre familia ofrezco un resumen de la confirmación, por Felipe II, de ese Mayorazgo, fundado el 4 de Febrero de 1568 por Diego de Ybarra, natural de Eibar —de cuya Casa Solariega de Ybarra se dice descendía—, y por Ana de Velasco su mujer, en el Real de Panuco, jurisdicción de las minas de los Zacatecas, del Reino de Galicia, de Nueva España. Entre los bienes del mayorazgo aparecen sobre el Estado de Benavente, en las Villas de la Torre de Mormojón, 125 mil maravedís, otras cantidades en Sepúlveda, Orense, Vitoria, Orduña, Sevilla, la Villa de Cebrenos, etc., esclavos en Zacatecas y otros lugares, estancias de ganados y ranchos en Nueva España, minas e ingenios y en las minas la Iglesia de la Concepción.

En Madrid comparece Martín Sánchez de Ybarra, Inquisidor Apostólico del Reino de Navarra, hermano de Diego y éste y su esposa llaman a suceder en el Mayorazgo en primer lugar a Luis, hijo varón que hubieron en su matrimonio; en segundo lugar a la hija llamada Mariana de Castilla; en tercer lugar a los hijos de Pedro de Ybarra —hermano mayor de Diego—, que eran Martín Ybáñez de Ybarra, *Francisco de Ybarra, Gobernador de Nueva Vizcaya y Copala y otros lugares que habia descubierto y conquistado* y el Licenciado Juan de Ybarra; y en último lugar llama Diego al Mayorazgo a sus hermanas María de Ybarra y Ana de Ybarra.

Capital de la Nueva Vizcaya descubierta y conquistada por Francisco de Ybarra, fué Durango, que se fundó en 1563

por el Capitán Alonso de Pacheco, que había recibido de Ybarra la orden de hacerlo y aunque ya había muerto en 1548 Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de Méjico, natural de la Durango vizcaína, es muy posible que la elección del nombre para la nueva Villa mejicana fuera una atención y un recuerdo al ilustre durangués que lo fué todo para Méjico o Nueva España. El introdujo allí la imprenta, fundó la Universidad, fué padre amoroso para los indios y su primer Obispo y Arzobispo y además ante él tuvo lugar el prodigio de la Virgen de Guadalupe, que quiso aparecerse al Arzobispo, en el delantal de yute del indio Juan Diego, que lo tenía recogido y lo descubrió para dejar caer en pleno invierno unas rosas milagrosas.

El Arzobispo vizcaíno mandó levantar entonces el templo a la Virgen de Guadalupe, que preside el yute mismo en el que en colores celestiales que aún perduran, se apareció a Fray Juan de Zumárraga, en efigie venerada por cuatro siglos, la Madre del Divino Redentor, que una vez más probó el amor que nos tiene.

Recientemente, en 1948, conmemoramos en Vizcaya el cuarto centenario de la muerte del vizcaíno y durangués Fray Juan de Zumárraga y como consecuencia de aquellas jornadas espirituales y de cultura, unos buenos mejicanos que pasaron entonces por Bilbao decidieron recaudar los fondos precisos para erigir en la Durango de aquende los mares, un monumento al primer Arzobispo mejicano, que después de la gloriosa conquista de Méjico, supo civilizar aquel bello país, sumarlo a la Fe de Cristo y vincularlo como una provincia más a España, que generosamente le dió su propio nombre, *Nueva España*, mientras la participación vascongada en el empeño, tras la conquista realizada por Ybarra,

daba el nombre de Vizcaya a una hermosa región, *Nueva Vizcaya* y el nombre de la Villa duranguesa y vizcaína, a una nueva Villa, la *Durango* mejicana.

El monumento a Fray Juan de Zumárraga, gracias a Don Salvador Ugarte, hombre de finanzas de la capital de Méjico, que recaudó los fondos para llevar a cabo el empeño, se levanta desde 1949 en Vizcaya, en la plaza de Ezcurdi de Durango, y compone una base de basalto de los volcanes que los ojos del prelado contemplaron en Nueva España, la efigie en bronce de Fray Juan de Zumárraga, y tras de ella un muro con arcos que representa a la España de la que partió para Indias el insigne vizcaíno. Un alto relieve recuerda el milagro de la Virgen de Guadalupe y una inscripción la ofrenda del monumento por los generosos mejicanos, entre los que hay que destacar el nombre del Arquitecto Don Francisco Martínez Negrete, autor del proyecto.

Desde la muerte hacia 1575, de Francisco de Ybarra, no hubo nuevos descubrimientos en el norte de Méjico, hasta que de 1592 a 1608 el vascongado Juan Zaldívar de Oñate, hijo de Cristóbal de Oñate, llevó la civilización tierra adelante, ocupando lo que se llamó Nueva Méjico.



Al mismo tiempo que avanzaba Oñate por tierra, otro vasco Sebastián Vizcaíno bordeaba por mar las costas de la Alta California descubriendo el 3 de Octubre de 1607 la bahía de San Francisco, cuando los hombres de Oñate se hallaban a doscientas leguas de allí, y el puerto de San Diego en el paralelo treinta y cinco, donde por medio de los indios, también tuvo noticias de Zaldívar.

Se habían organizado en tiempo de Hernán Cortés expediciones para el reconocimiento de la costa occidental de Méjico, primero en 1532 la del vasco Diego Hurtado de Mendoza, en 1533 otra en la que participaron también varios vascongados y en una tercera expedición, el propio Cortés exploró el golfo de California y a ella siguió otra exploración más detenida, a la que muerto ya el conquistador sucedieron una en 1540 y otra en 1542.

El encartado Sebastián Vizcaíno recorrió en 1596 el golfo de California y descubrió el puerto de la Paz, así llamado debido al buen semblante con que le recibieron los indígenas y en aquel mismo lugar por ironía del destino recibió la muerte a manos de los indios el piloto vasco, Ortuño Jiménez, primer descubridor de California.

Realizó Sebastián Vizcaíno en 1607 sus exploraciones en la Baja y Alta California, que fueron las más detenidas que hasta la fecha se habían efectuado, tanto que hoy día aún perduran casi todos los nombres que Vizcaíno puso a los accidentes de la costa hasta la altura de Cabo Blanco, entre ellos los puertos de Monterrey, San Francisco y San Diego.

Hay que sumar a estos descubrimientos en la costa occidental del Norte de América, los de españoles como Juan de Fuca y los que en el siglo dieciocho se efectuaron especialmente bajo la inspiración del vascongado, nacido en Lima pero descendiente de las Encartaciones de Vizcaya, Juan Francisco de la Bodega y Quadra, en colaboración con otros españoles, entre ellos varios vascongados.

Hasta nueve vascos aparecen entre los que conquistaron Guatemala en 1523, destacando allí el guipuzcoano Lope de Idiáquez y Yurramendi, natural de Tolosa, que además par-

ticipó en la conquista del Perú, y que era hermano de Alonso de Idiáquez, secretario del Emperador Carlos I.

Tomó parte en la conquista de Nicaragua, Diego López de Salcedo y en la de Costa Rica un Aznar, dos Zárates, un Valmaseda, un Olazábal, un Salazar y Alonso de Anguciana de Gamboa, que además trazó el plano de la ciudad de Cartago, al ser fundada, siendo él Alcalde.

Antes hemos aludido a los primeros descubrimientos y poblaciones en el Darién y zonas próximas, que corresponden al actual Panamá, y ahora hemos de añadir que el puerto de Acla, fundado en la costa del Atlántico, en el golfo de Urabá, frente a la isla de Pinos, por Pedrarias, cuando éste enfermó continuó su fundación el vasco Lope de Olano que luego murió a manos de los indios y también fueron muertos por éstos en aquellos días, el Capitán vizcaíno Martín de Murga, y el también Capitán vascongado Juan de Ezcaray.

En la fundación de la ciudad de Panamá, el 15 de Agosto de 1519, participaron Pascual de Andagoya, alavés, y Rodrigo de Lazcano, guipuzcoano y ese Andagoya fué el constructor de las naves, que a iniciativa de Núñez de Balboa, reconocieron la costa del Pacífico, habiendo sido construídos los materiales en el Atlántico y transportados al Mar del Sur, cuando se proyectaba ya, primero por Gil González Dávila, en 1522, y después por el vascongado Diego López de Salcedo, en 1527, la unión del Atlántico y el Pacífico por medio de canales.

Esos viajes de reconocimiento los realizaron a las islas de las Perlas y los sucesivos por la costa del Pacífico y en uno de ellos, al mando de Espinosa, fué como piloto mayor el vasco Juan de Castañeda, al que acompañaban varios paisanos suyos, y que descubrió el golfo de San Lúcar o Nico-

ya, en el que se halla hoy la ciudad costarricense, de Puntarenas.

Por su parte Andagoya descubrió las costas meridionales de América hasta unos cuatro grados de latitud Norte. Se supone que fué el primero en llegar al Perú, pues descubrió el río Birú o Cartagena que no todos los historiadores coinciden en situarlo en el mismo lugar y que posiblemente es el río S. Juan y al regresar en 1523, de su viaje al Birú, dió noticias de la existencia en las proximidades del río, de un rico país que mucho elogiaban los indígenas.

El descubrimiento de las tierras cuya noticia facilitó Andagoya, fué encomendado por Pedrerías al vascongado Juan de Basurto, pero habiendo fallecido éste, repentinamente, en 1524, se hicieron cargo de la empresa Francisco de Pizarro, Diego de Almagro y Hernando Luque.

En Noviembre de 1524 salió la nave de Pizarro, pero fracasó en su primer intento descubridor y mientras tanto partió Almagro, que se reunió con Pizarro en Chicama. Empezado de nuevo el viaje, fué descubierta la isla del Gallo por el piloto Ruiz, que reconoció una mayor extensión de costa y tras de atravesar la línea equinoccial en el Pacífico, vió a los primeros indios del Perú.

Debido a las dificultades con que tropezaban, pasó Almagro a Panamá para pedir auxilio y trasladándose Pizarro y los suyos de la isla del Gallo, en la que estaban, a la de Gorgona, por ser escasa de agua la primera, se vieron sorprendidos por la visita del oficial Tafur, enviado del Gobernador de Panamá, que les comunicó el deseo de éste, de que suspendieran la empresa, que tanto estaba costando.

En esta ocasión es cuando se trazó una raya en el suelo, bien con la espada de Tafur o con la de Pizarro, quedándo-

se éste a uno de los lados, acompañado únicamente por trece valientes que deseaban seguirle en su empeño de proseguir la empresa y descubrir el Perú y entre esos trece hombres, uno de ellos era vascongado, Domingo de Soraluze, y su noble acción nos enorgullece a sus paisanos.

Colaboraron al propósito de Pizarro, sus compañeros Almagro y Luque, logrando del Gobernador Ríos la autorización, para que los pocos hombres que quedaron con Pizarro en la isla Gorgona, pudieran utilizar para su empeño un navío, con la condición impuesta por Ríos, de que se hallaran de regreso en Panamá a los seis meses. Así pudo realizarse a fines del año 1526 el descubrimiento de Tumbes, confirmándose la existencia del Perú, cuya conquista se inició en 1531. Fué premiado el valor de los trece héroes citados, declarándoles Hijosdalgos a los que no lo eran notorios, y a los que lo eran, Caballeros de Espuela Dorada.

Sería interminable el ir citando los nombres de los distintos vascongados que participaron en la conquista del Perú y en la fundación de pueblos y ciudades. Así por ejemplo en el acta fundacional de Lima, aparece García de Salcedo, oficial del Rey, natural de Güeñes, en las Encartaciones de Vizcaya.

En el Perú militó a las órdenes del Rey de España, durante veinticuatro años, el vasco Lope de Aguirre, natural de Oñate, que en busca del país que llamaban El Dorado, y se suponía se hallaba al Oriente de la cordillera de los Andes, partiendo del Perú navegó por los ríos Huallaga, Marañón, Amazonas, Negro, Brazo del Casiquiare y Orinoco, desembarcando en el mar Caribe, del Océano Atlántico, siendo el descubridor de la comunicación entre las cuencas hidrográficas del Amazonas y el Orinoco.

No queremos dejar de hacer mención en este lugar, del

ilustre vizcaíno Alonso de Ercilla y Zúñiga, que en su obra «La Araucana» cantó los hechos de armas de la guerra del Arauco en la que él tomó parte, a raíz de la muerte a mediados del siglo dieciseis, por los indios araucanos, del conquistador de Chile, Pedro de Valdivia, conti-



nador de Chile, Pedro de Valdivia, continuador de la conquista iniciada por Diego de Almagro. Luchó Ercilla a las órdenes del también vascongado de origen, don García Hurtado de Mendoza, que después de derrotar a los indios en Arauco, partió al extremo Sur del Chile hasta entonces conocido, descubriendo el archipiélago de Chiloé

y fundando la ciudad de Osorno.

Queriendo Ercilla llegar más al Sur que ninguno de cuantos hasta allí habían llegado, a las órdenes de Hurtado de Mendoza, según el mismo refiere, fingiendo que reconocía el terreno avanzó aún una media milla y grabó en la corteza de un árbol la inscripción que probaba había llegado allí el 28 de Febrero de 1558, y que decía así: «Aquí llegó, donde otro no ha llegado, Don Alonso de Ercilla».

Gloria de la literatura española y héroe de las gestas vascongadas, había nacido Alonso de Ercilla en Madrid, en 1533, pero él mismo nos da su filiación en un documento manuscrito, que aparece en su expediente de Caballero del Hábito de Santiago, en el que se lee: «Mi padre se llama el doctor Fortunio García de Ercilla y el padre de mi padre Martín Ruiz de Ercilla y la madre de mi padre doña María Fernández de Ermendurúa; eran todos naturales de la villa de Bermeo, cabeza de Vizcaya».

La Excma. Diputación vizcaína ha adquirido y restaurado en Bermeo, en 1948, la Torre y Solar de Ercilla y además

del Museo del Pescador que ha instalado en su lonja, de columnas góticas, destina las plantas superiores a vivienda y Museo de Alonso de Ercilla, bien nutrido ya y a punto de completarse con los fondos artísticos del Arauco, cuyo envío se ha anunciado desde Chile, donde el Ayuntamiento de Viña del Mar ha consignado trescientos mil pesos a ese objeto.

Con amorosa veneración habla Ercilla de su solar y tierra de origen, cuando en la «Araucana» escribe aquellos versos que dicen:

Mira al poniente a España y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de do es cierto
Que procede y se extiende la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto.

Mira a Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del Solar de Ercilla
Solar antes fundado que la Villa.

Después de restaurada por la Diputación de Vizcaya, la Torre de Ercilla, de Bermeo, hemos comprobado que fué bastante fiel esa reconstrucción, ya que salvo en la altura, que era más alta, la cornisa de almenas es similar, particularmente por dos cubos, que únicamente han quedado a falta de los pináculos chapiteles de pizarra.

Esta confrontación la hemos podido realizar a la vista de un grabado que recuerda otra colaboración vascongada a las empresas guerreras, y en el que con el fondo de la Torre de Ercilla y la desaparecida Iglesia gótica de la Atalaya, aparece en el puerto de Bermeo, la Reina Isabel la Católica. El grabado lleva el siguiente pie: «Isabel la Católica inspecciona

personalmente en 1481 la armada naval que en los puertos de Vizcaya se aprestaba para ir a socorrer al Rey de Nápoles».

Basta señalar el nombre de Juan de Garay, fundador de Buenos Aires, para comprender lo que supuso la participación vascongada en el descubrimiento de la Argentina; el del vizcaíno Bruno Mauricio de Zavala, fundador de Montevideo, por lo que se refiere al Uruguay; los del guipuzcoano Martínez de Irala y el vizcaíno Juan de Salazar, fundadores de La Asunción, respecto del Paraguay; y en cuanto al Ecuador, el del vascongado Miguel de Ybarra, en representación del cual fundó Cristóbal Troya la ciudad ecuatoriana de Ybarra.

Entre esos nombres queremos destacar el de Bruno Mauricio de Zavala, vizcaíno, natural de la Villa de Durango, Teniente General de los Ejércitos, que nació el 6 de Octubre de 1682 y era hijo de Don Nicolás Ibáñez de Zavala y Churrucá, Caballero de Calatrava y Gobernador en varias provincias de América, y de Doña Catalina de Gortázar y Estartaecha.



Nació el futuro fundador de Montevideo en el bello palacio armero de sus padres, que hoy pertenece a sus descendientes los Ampuero, de Bilbao.

Es brillantísima su carrera militar, iniciada en las campañas de Flandes y que siguió en el bombardeo de Namur y en la guerra de sucesión española, en el Sitio de Gibraltar, ataque de San Mateo y toma de Villarreal en el Maestrazgo, y en el Sitio de Lérida, donde perdió un brazo. Nuevamente herido, cayó prisionero en Zaragoza y en la plaza de Alcántara.

En premio a estos servicios, a los treinta y cuatro años

fué ascendido a Mariscal de Campo y se le nombró Gobernador de la Colonia y Provincia de Buenos Aires, cargo del que tomó posesión en 1717. Hubo de enfrentarse desde el primer momento con portugueses, franceses e ingleses que querían adueñarse de las tierras del Plata por medio de incursiones y desembarcos y fué entonces cuando derrotó en la Colonia del Sacramento a los aventureros franceses y en la margen izquierda del río, a los portugueses, y prosiguiendo su avance fundó con el nombre de San Felipe y Santiago la ciudad de Montevideo, en la que lo mismo que había hecho en Buenos Aires, levantó el primer castillo.

Estos hechos valieron a Bruno Mauricio de Zavala el ascenso a Teniente General, el hábito de Calatrava y la Presidencia y Capitanía General del Reino de Chile, pero nombrado ya para este último cargo, antes de trasladarse a Chile hubo de sofocar el levantamiento llamado de los comuneros, en el Paraguay. Después de una campaña triunfal, en 1735 entró en la Asunción y restableció el poder Real y cuando ya se disponía a pasar a Santiago de Chile para tomar posesión de la Capitanía General, le sorprendió la muerte en el pueblo de Santa Rosa, a los cincuenta y tres años de edad, el 31 de Enero de 1736. ¡Llor a tan ilustre durangués, honra de Vizcaya y gloria de España!

Haríamos inacabable la relación, si continuáramos refiriéndonos a otras gestas menos destacadas de la época fundacional de la América española y a las de los tiempos que siguieron.

Reflejo de la posterior participación vascongada en Indias, es la labor cultural y de progreso realizada en Venezuela por la Real Sociedad Guipuzcoana de Navegación a Caracas, y el prestigio y ascendiente de los vascos, como que a éstos

se considera en la América española, cual prototipo del hombre trabajador, religioso, honrado y capaz, por lo que nuestros apellidos figuran allí al frente de toda empresa y son muchos los Jefes de Estado que los honran con sus cargos y conductas y además en cuanto a la pureza y brillo en el linaje constituyen la más selecta aristocracia, en aquellos pueblos hispanos.



**OTRAS EMPRESAS DEL SIGLO DE ORO
ESPAÑOL**

No sólo supieron mostrar los vascongados en los Nuevos Mundos y especialmente en sus descubrimientos, esa su participación destacada, sino que además patentizaron que su presencia era también para tenerse en cuenta en los aconteceres españoles que tuvieron como escenario Europa.

En las guerras de Italia a fines del siglo quince, cuando los franceses fueron derrotados en Cerignola y con la victoria final de Garellano, el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, conquistó nuevos reinos para la corona de España, un vasco tuvo señaladísima intervención en las campañas, como hábil ingeniero. Pedro de Barretera era su nombre y se le consideró como vizcaíno aunque por haberse hecho célebre como Pedro Navarro se supone fuera natural de Navarra.

Hizo el curso contra los moros piratas en su juventud y obtuvo el título de Conde de Oliveto por el valor personal demostrado en las guerras de Italia, y por los ingeniosos inventos de minas tan útiles para volar fortalezas y que a él se debieron. Años después cuando el Cardenal Cisneros costeó en 1509 y 1510 las dos expediciones a Africa, en las que se conquistó Orán, Bujía y Trípoli, fué Pedro Navarro el caudi-

llo que dirigió aquella empresa. También se ocupó entonces la isla de Santa Cruz de Mar Pequeña, titulada así por García Herrera, pero en cambio la fortuna fué adversa en la isla de Gelves, en 1511, al padre del Gran Duque de Alba —que allí murió— y a Pedro Navarro, que además empañó en los últimos años de su vida su brillante historial, al pasar a servir al Rey de Francia, muriendo en 1528, prisionero de los españoles.

La rivalidad de nuestro gran Rey y Emperador Carlos V, con el Rey de Francia, Francisco I, dió ocasión a los vascongados para descollar entre sus compañeros de armas. El guipuzcoano Iñigo de Loyola, luego Capitán de milicia espiritual y entonces Capitán del Rey de España, cuando en 1521 el Monarca francés pasó la frontera navarra, resultó herido en una pierna, en la defensa de Pamplona, colaborando así a la resistencia ofrecida a los franceses, que luego tuvieron que repasar el Pirineo.

Muchos vizcaínos, entre ellos cuatrocientos vecinos de Lequeitio, y también dos mil guipuzcoanos, tomaron parte en la batalla de Noain, junto a Pamplona, en la que fué derrotado el francés Esparroso. La reacción enemiga hizo su presencia el mismo año 1521 en el sitio puesto a Fuenterrabía por el Almirante Bonibet y en el socorro a la plaza fronteriza hay que destacar el valor de los lequeitianos y de los donostiarras, que por el puntal de Higuier, y haciendo frente a los sitiadores introdujeron en Fuenterrabía hombres, municiones y alimentos.

En 1522 el Cardenal Cisneros ordenó la fortificación de San Sebastián y poco después tuvo lugar en las proximidades de Irún la memorable victoria de San Marcial, en la que los vascongados a las órdenes de Beltrán de la Cueva, Capitán General de Guipúzcoa, se cubrieron de gloria y obliga-

ron a los franceses a levantar el asedio de Beobia. Ya en España Carlos I, acudió a Vitoria, capital de Alava, y desde allí dió las órdenes para el triunfo de sus armas, que culminó en 1525 en la ocupación en tierra francesa, de San Juan de Luz y del palacio fuerte de Urtubia, con la participación de muchos vascos al mando del maestre de Campo, Sancho Martínez de Leiva.

Mientras en España ocurrían estos sucesos, otros semejantes tenían lugar en Italia, en donde los franceses atacaron a los españoles en el Milanesado, poniendo sitio a Pavía. El Condestable Borbón y el Marqués de Pescara, que se hallaban al servicio de España, acudieron en socorro de la plaza que defendía el vasco Antonio de Leiva, natural de Navarra, que había servido a las órdenes del Gran Capitán y luego combatió a los turcos en Viena y acompañó en las expediciones de Africa a Carlos I, que le honró alistándose en su compañía, como arcabucero, con el nombre de Carlos de Gante. Obtuvo el gobierno de Milán y el título de Príncipe de Ascoli por la defensa de Pavía.

Este nombre, el de Pavía, va unido al de una gesta española, particularmente vascongada, porque derrotados los franceses en esta ocasión, el 25 de Febrero de 1525, su Rey, Francisco I, al caer del caballo fué hecho prisionero por el soldado guipuzcoano Juan de Urbieta, natural de Hernani, al que Carlos I concedió un escudo de armas alusivo al hecho, y de Francisco I recibió una carta en la que le mostraba su agradecimiento por haberle conservado la vida y tratado con dignidad al hacerle prisionero. Treinta mil franceses lucharon en Pavía contra veinticinco mil de la parte de



España y en la jornada los españoles utilizaron por primera vez el *orden de batalla oblicuo*, que luego copiaron los prusianos.

En la lucha contra los turcos, enemigos de la Religión, que fueron vencidos en la batalla de Lepanto por Juan de Austria, durante el reinado de su hermano el Rey de España, Felipe II, intervinieron los vascos, que cuando el padre de ambos personajes, Carlos I, era rector de los destinos españoles, aportaron hasta mil hombres de guerra, de Vizcaya y Guipúzcoa, en 1530, por intermedio de Ochoa de Salazar. El sanguinario Barbarroja empaló en 1530 al vizcaíno Domingo de Portuondo, natural de Mundaca, cuyo padre el General de la Armada española, Rodrigo de Portuondo, había muerto en un combate naval que sostuvo el 25 de Octubre de 1529 con el turco Ardín-Cachidiablo.

El vascongado Christán de Ugarte, natural de Oyarzun, y otros guipuzcoanos, destacaron por su valor en 1535, cuando la expedición contra Goleta. Y el vizcaíno Machín de Munguía, Capitán de un galeón, se batió valerosamente el 27 de Septiembre de 1538, contra ochenta galeras turcas mandadas por Barbarroja, que le rodearon, logrando burlarlas con una hábil maniobra, al tercer día de mantener lucha con ellas. Pero en el desgraciado sitio de Castelnovo, el 7 de Agosto de 1539, cayó Machín en manos de Barbarroja, que había jurado vengarse de él, y tras de burlarse a su costa y de proponerle que se sumara a sus banderas, abrazando la religión de Mahoma, como no cedió Machín, mandó le cortaran la cabeza, que rodó por el puente de la galera del corsario que tanto pavor impuso en los mares y costas del Mediterráneo.

Había intentado vencer Carlos I esta piratería del turco

y preparó una gran flota con la que se presentó en Túnez en 1535, ocupando la ciudad y dando libertad a veinte mil cautivos. Como militar acompañaba al Emperador en esta campaña, el que fué su Secretario, Alonso de Idiáquez, ilustre guipuzcoano, natural de Tolosa, que se encontró también en vanguardia, en la toma de Corbeil, junto al Duque de Parma.

Mantuvo Carlos I la guerra de religión en Europa, con el deseo de hacer volver al seno de la Iglesia Católica, y abjurar de la herejía, a los protestantes. Los venció el Gran Duque de Alba en la batalla de Mulberg en 1547, año en que murió asesinado por los alemanes Alonso de Idiáquez, en las aguas del Elba, frente al castillo de Turgau, cuando acudía el 11 de Junio a reunirse con el Emperador.

En el reinado de Felipe II continuó la lucha contra el protestantismo, sirviendo de teatro los Países Bajos, y en este empeño religioso estuvieron presentes también los vascongados, hasta el extremo que es raro el no encontrar en los linajes vascos algún ascendiente que participó en uno u otro tiempo en los Tercios de Flandes. Debido a la tenaz insistencia de España, en mantener el principio religioso en Europa, son hoy católicas Austria, Baviera, la Alemania Occidental y Bélgica.

A parte de esta intervención de los vascos en el acontecer exterior de la España de entonces, en las Vascongadas se seguía cumpliendo la misión de defensa de la frontera pirenaica y de vigilancia en la costa.

En 1542 un ejército de cincuenta mil hombres, entre Bayona y el Bidasoa, amenazaba la tranquilidad de los donostiarros, que vigilaba con su residencia en la plaza de Fuenterrabía, el propio Capitán General de Guipúzcoa,

Sancho de Leiva, que desde su atalaya advirtió el 8 de Julio de 1544 al ilustre marino Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, que había divisado una armada francesa de más de treinta navíos.



El 25 del mismo mes, Bazán que previsoramente había reunido de antemano en Guipúzcoa, Vizcaya y Santander un buen número de bajelos a sumar a la escuadra española, consiguió con estas fuerzas la famosa victoria en aguas de Galicia, en la que se halló el Capitán Pedro de Urbina con quinientos arcabuceros guipuzcoanos.

Participó en 1557, el vascongado Diego Hurtado de Mendoza, en la batalla de San Quintín, en la que los españoles derrotaron a los franceses, no lejos de París, lo que dió lugar a que Felipe II iniciara la construcción en El Escorial, del Monasterio de San Lorenzo, que lleva este nombre por el glorioso mártir, cuya festividad se celebraba el día de la victoria.

El entonces Rey de Francia, Enrique II, al año siguiente, de 1558, vió invadir la provincia de Labort a Beltrán de la Cueva, Virrey de Navarra, al que acompañaba con dos mil guipuzcoanos el Duque de Gandía, hijo de San Francisco de Borja. Los primeros en entrar en San Juan de Luz fueron cuatrocientos dieciocho hombres de San Sebastián a las órdenes del Capitán Francisco Mutiloa, del Alférez Juan de Berástegui y del Sargento Domingo de Erauso.

El propio año 1558, partió de San Sebastián una armada de naos y marinería vascongada, que mandaba el Capitán General Luis de Carvajal y llegó a Calais tan oportunamente, que debido a su arribo y por el socorro que prestó, pudo

rehacerse la infantería española, que en lugar de ser derrotada, como se temía, logró la victoria de Gravelinas contra el ejército francés que dirigía Tourmes, y a la que siguió la paz de Cambray de 1559 entre España y Francia.

Se temió un posible ataque de los franceses a Guipúzcoa en 1570, pero las previsiones del Capitán General Juan de Acuña, no fueron necesarias porque los hugonotes enemigos, portadores de su error religioso, querían pasar el Pirineo y no pudieron ocupar Bayona, en la misma Francia, limitándose por tanto a propalar en tierra francesa su herejía. Al año siguiente, en 1571, el anuncio de que una armada francesa se preparaba para sorprender las costas vascongadas y especialmente el puerto de San Sebastián, hizo que Acuña tomara nuevas disposiciones. Los anuncios de ataques se sucedieron aún hasta 1596 en que una flota francesa procedente de la Rochela realizó un desembarco en la isla de Izaro, frente a Bermeo, y no satisfecho el enemigo con mutilar las imágenes del convento de franciscanos, de la isla, le pegó fuego.

Aparte de otras ayudas prestadas en el mar por los vascongados a Felipe II, entre ellas en 1571 con ocasión de la batalla de Lepanto, en la que la Cristiandad venció al turco infiel, hay que consignar que en 1575 el General Miguel de Oquendo con una nao propia, de setecientas toneladas, tripulada por ciento diez marineros, tomó parte en la expedición contra las costas africanas del Mediterráneo.

Dispuso el donostiarra Oquendo, en Pasajes, en 1582, una armada de catorce navíos de alto bordo, que fué destacada a las islas Azores —llamadas también Terceras— mientras la escuadra del Marqués de Santa Cruz, a la que se hallaba incorporada, seguía a la escuadra francesa que mandaba

Felipe Strosi y que era muy superior en número a la española. Habiéndose concentrado todas las fuerzas, se encontraron las dos escuadras el 27 de Julio de 1582 cerca de la isla de San Miguel, y puestos en vanguardia los navíos guipuzcoanos a las órdenes de Miguel de Oquendo, tuvo lugar una sangrienta batalla, en la que se llegó al cuerpo a cuerpo al abordarse la Capitana Española y la Almiranta francesa.

Resultó traspasado por un balazo el navío de Oquendo, que sumó a su escudo de armas, como orla y blasón, las diferentes banderas y estandartes de los barcos enemigos que fueron echados a pique o abandonados. A tres mil trescientos ascendió el número de franceses muertos, en aquella batalla que duró cinco horas y en la que murió Strosi y se rindió la Almiranta francesa.

Tuvo lugar el encuentro con ocasión de que por haberlo determinado una junta de letrados de Portugal, sucedió en la corona portuguesa el Rey de España, Felipe II. La oposición del Prior de Ocrato, pretense Rey de Portugal, dió motivo a que el monarca español enviara al Gran Duque de



Alba, con un ejército, a la conquista de Portugal, que realizó; y al ilustre Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, con la escuadra en la que se hallaba encuadrado Oquendo, a enfrentarse con los franceses que pretendían poner trabas a la unión de España y Portugal en la persona del Rey Prudente.

La victoria española del 27 de Julio de 1582, a la que nos hemos referido y en la que fué derrotado el poder naval francés, se completó con el reconocimiento por Oquendo, el 29 de Julio, de los posibles desembarcaderos en la isla de

San Miguel, que el 4 de Agosto capituló, entregándose al Marqués de Santa Cruz, por lo que éste con Oquendo y el resto de su escuadra se encaminó a Cádiz, en donde hizo una entrada triunfal.

Pero desgraciadamente el poderío marítimo de España pronto declinó, ya que por haber fallecido el Marqués de Santa Cruz se hizo cargo el Duque de Medina Sidonia, poco ducho en cosas de mar, del mando de la famosa Armada Invencible, destinada a abatir el orgullo inglés y que en 1588 fué deshecha por las tempestades, por lo que Felipe II, al saber la noticia, por sus secretarios Cristóbal de Moura y Juan de Idiáquez, dijo la célebre frase: «No envié yo mis naves a luchar contra los elementos».

Participaban en esa empresa, entre otros vascongados, el bilbaino Juan Martínez de Recalde, Vicealmirante de la Armada Invencible y su cuñado Alonso de Idiáquez y Butrón-Mújica, que asimismo estuvo en la batalla de los Azores, guerreó en Italia y Flandes a las órdenes de Alejandro Farnesio, sucedió en el Señorío butrónida y fué creado Duque de Ciudad Real en los Abruzos. Era hijo del Secretario de Felipe II y nieto de su homónimo el Alonso de Idiáquez y Yurramendi, que sirvió al Emperador.

En el canal de Pasajes voló uno de los bajeles de la armada de Oquendo, que regresaba diezmada después de haberse hallado encuadrada en la Armada Invencible. Afectó tanto a Miguel de Oquendo el fracaso de aquella empresa que al llegar a Pasajes murió de pesadumbre, el 12 de Noviembre de 1588, sin haber querido ver ni aún a su familia.

**BAJO LOS ULTIMOS AUSTRIAS Y LOS
PRIMEROS BORBONES**

DURANTE el reinado de Felipe III se sucedieron en el mar las proezas de los vascongados, unas veces disponiéndose a afrontar las ocasiones, ante anunciados ataques, y otras luchando en las que se les ofrecían. Así en 1606 cuando tres navíos se dirigían desde Pasajes a Andalucía, y se encontraron frente a Peniche, en las costas de Portugal, con una armada holandesa compuesta por veintitrés bajeles, éstos dieron caza a uno de los tres navíos, que lo mandaba el Capitán Juan de Amezqueta, que supo dar pruebas de extraordinario valor al enfrentarse él sólo, con la artillería y mosquetería de la nave, con los veintitrés navíos holandeses. Aunque desarbolado y deshecho, después de un combate que duró desde la mañana hasta las cinco de la tarde, se refugió en Peniche el barco español, honra de los vascongados, con seis muertos y veinticinco malheridos.

También por tierra mantenían los vascos la defensa del pabellón español, y cuando en 1607 los franceses, después de haber invadido Aragón, determinaron apoderarse en el río Bidasoa, de la isla de los Faisanes, ésta fué fortificada. La misma medida de acondicionar la defensa de Fuenterrabía

fué adoptada en 1610. Pero la amistad entre España y Francia pronto se selló, con los matrimonios de Luis XIII y Ana de Austria, y el del hermano de ésta, luego Felipe IV, con Isabel de Borbón.

En el reinado de Felipe III hay que anotar la victoria en los Países Bajos, del Marqués de Spínola, con la toma de Ostende, en 1604, y la participación de España por medio de tropas al mando de Spínola, en la guerra también a favor de la religión Católica, que fué conocida por el nombre de guerra *de los treinta años*.

Todavía España mantenía su categoría de primera potencia mundial y podían darse casos valerosos como el de la Monja Alférez, la donostiarra Catalina de Erauso, que escapándose del convento donde se educaba, se embarcó para América, vestida de grumete y se alistó en las filas del ejército, logrando el grado de Alférez debido a su valor, y Felipe III le señaló una pensión, poco antes de que regresara otra vez al Nuevo Mundo, en donde desapareció en tierras de Veracruz.

Lo mismo que su padre, tuvo interés Felipe IV en que la ayuda española a la causa de la Religión, no se hiciera esperar, por lo que en la guerra *de los treinta años* siguieron participando nuestras fuerzas, que lograron la victoria de Nordlinga. Perduró también la guerra religiosa en los Países Bajos, que dió ocasión en 1625 a que los españoles se cubrieran de gloria, a las órdenes del Marqués de Spínola, con el triunfo obtenido en la rendición de Breda, que fué inmortalizada por Velázquez en el cuadro de Las Lanzas, en el que tras Spínola aparece el vascongado Martínez de Zubiria.

Casi a los veinte años de esta gloriosa victoria española, en 1643 comienza el declive de nuestra buena estrella con la

batalla de Rocroy, en la que si fuimos vencidos se hizo más sublime el valor de los infantes de España, reflejado en la frase de un oficial español moribundo «Contad los muertos», en respuesta al oficial enemigo que en Rocroy, en el recuento de bajas, le preguntó de cuántos hombres se componía su Tercio.

Floreció en el mar con Felipe IV la aportación vascongada, que se refleja en la personalidad del gran Antonio de Oquendo, hijo del Oquendo que sirvió a Felipe II y que llenó de gloria muchas páginas de su reinado. Fué Antonio de Oquendo, Comandante de la escuadra del Cantábrico, General de galeones en 1628 y Almirante de la escuadra del Océano. En varias ocasiones combatió con éxito a los holandeses, especialmente en las costas del Brasil y en 1639 en la memorable batalla de las Dunas, en la que luchó sólo con la galera capitana contra una escuadra entera.

Con la paz de los Pirineos, firmada en la isla de los Faisanes, el 17 de Noviembre de 1659, perdió España el Rosellón y la Cerdaña, preciados florones de su corona, y por el matrimonio que se ajustó en esta ocasión entre el Rey de Francia, Luis XIV, y la Infanta María Teresa, hija del Rey de España, Felipe IV, se hipotecó en la Casa Real francesa la posible sucesión del trono español.

Hasta entonces la frontera española en la zona vasca, servía de baluarte a la nación, especialmente contra el enemigo francés, aun cuando también por mar debían vigilar los vascongados el peligro holandés e inglés, al extremo de que para contrarrestar su piratería, fueron autorizados con patentes de corso algunos marinos vizcaínos y guipuzcoanos, que en menos de tres años apresaron ciento veinte navíos con mercaderías de Holanda y La Rochela.

Se reconstruyeron las murallas de San Sebastián el año 1633 y tres años después en Bayona acampaban las tropas del Duque de Pernon y en la ría de Burdeos fondeaba la armada francesa. Pero a esta amenaza del enemigo se anticipó la iniciativa española, ya que en el mes de Octubre guipuzcoanos y navarros, a las órdenes del Marqués del Valparaiso, invadieron Francia por la provincia de Labort, para entretener fuerzas francesas que ayudaban en Flandes a Holanda, contra la defensa española de los Países Bajos, que dirigía don Fernando de Austria.

Mandaba a los guipuzcoanos el Coronel Diego de Isasi, que ocupó con los suyos Urreña, Hendaya, Ciburu, Socoa, y San Juan de Luz. Hasta fines de 1637, en que una enfermedad general, por la que murieron hasta siete mil personas, provocó el rápido regreso a España, se mantuvieron en dichas plazas los españoles que antes de evacuarlas derribaron las fortificaciones.

Sucedió a esta retirada, el sitio puesto por los franceses a Fuenterrabía en 1638, y el avance por Guipúzcoa de las fuerzas enemigas que ocupando Irún, Oyarzun, Rentería y Pasajes, aunque llegaron hasta los llanos de Loyola, en las inmediaciones de San Sebastián, no pusieron sitio a esta plaza pues las tropas del Príncipe de Condé, vieron que los donostiarras se hacían fuertes y previsora mente habían volado el puente de Santa Catalina por orden del Corregidor Juan Chacón.

Al desistir de poner sitio a San Sebastián, el ejército francés, compuesto de veinticinco mil infantes, dos mil caballos y un gran tren de artillería, reforzó el cerco de Fuenterrabía. Acudieron los donostiarras en auxilio de la plaza fronteriza, introduciendo en ella socorros por medio de

varias chalupas, a pesar de que el castillo de Higuier se hallaba en poder de los franceses. La resistencia que ofrecieron los sitiados, fué heroica, y en su auxilio, en el mes de Septiembre de 1638 un ejército al mando del Almirante Enríquez y del Marqués de los Vélez, acudió a Fuenterrabía y la liberó, venciendo la oposición de los franceses que cercaban la plaza y que tuvieron once mil bajas por su empeño en hacerse con ella y evitar fuera liberada.

Contra la ofensiva francesa, hay que destacar en esta ocasión, otros actos de valor de los guipuzcoanos, entre ellos la defensa de la Torre de Pasajes por su regidor Juan de Vergara, hasta el momento en que se vió en la precisión de echarse al agua por haber volado un barril de pólvora. Cuando se hallaban quemando los caseríos de Alza, el Alcalde Juan de Egusquiza, obligó a retirarse al enemigo en un admirable acto de heroísmo y arrojo.

Con ocasión del sitio de Fuenterrabía, la escuadra francesa compuesta de treinta y siete navíos, que mandaba Mr. Sourdis, Arzobispo de Burdeos, obtuvo una victoria naval, a la vista de San Sebastián, el 22 de Agosto de 1638, contra las naves de Lope de Hoces.

El año anterior, treinta y seis embarcaciones pescadoras de Labort, con cuatro navíos que partieron de Bayona, atacaron de noche el puerto de Guetaria, pero fueron rechazados por Alonso de Idiáquez, que acudió a perseguirlos con algunos bajeles. Para evitar estos ataques, en 1639 dispuso Felipe IV, Rey de España, que se pusiera una gruesa cadena en el canal de Pasajes, y así el puerto podía ser cerrado durante la noche; en 1645 ordenó que se adoptaran nuevas defensas en San Sebastián, y en 1646 encargó que se construyera una plataforma defensiva en el islote de San Antón de Guetaria.

Como represalia a las piraterías, actuaron como corsarios los guipuzcoanos, que entre 1651 y 1657 sembraron el terror en los mares y como consta en la «Vida de Antonio de Oquendo» del General Miguel de Oquendo: «Las hosti-



lidades que sentía la Inglaterra, de las fragatas de San Sebastián y el Pasaje, fueron uno de los motivos que la obligaron a desear la paz» y este argumento lo vemos repetido, aludiendo al mismo año 1656, en la Real Cédula de erección del Consulado de San Sebastián en 1682.

Poco duró la paz de los Pirineos, firmada en la isla de los Faisanes, el 17 de Noviembre de 1659, porque al suceder Carlos II a su padre en el trono de España, se declaró nuevamente la guerra con Francia, en 1667, por negarse la Reina Gobernadora, doña María Ana de Austria, a entregar el Brabante y los Países Bajos a Luis XIV de Francia que pretendía quedarse con ellos. Aunque la guerra tuvo lugar en los Países Bajos, fuerzas francesas amenazaban la frontera guipuzcoana, por lo que en ella se tomaron las medidas precisas para la buena defensa, que no llegó a ser necesaria porque en esta ocasión contaba España como aliados con el Emperador de Alemania, y con Inglaterra, Holanda y Dinamarca, y la sola presencia de una armada holandesa de cuarenta y cinco bajeles, en aguas vascongadas, hizo que en Agosto de 1674 parte del ejército francés se retirara de Bayona.

En años sucesivos continuó el temor de una posible ofensiva, fortificándose nuevamente San Sebastián en 1682. Las plazas fronterizas de Fuenterrabía y Hendaya, cuando en esta última se construía en 1684 un castillo que dominara la primera, cambiaron cañonazos, desde las baterías de ambas:

Esto dió lugar a que desde Madrid se enviara a Guipúzcoa al gran ingeniero Octaviano Meni para que continuara las fortificaciones exteriores de San Sebastián.

Continuaba la lucha entre españoles y franceses en los Países Bajos, y el citado año de 1684, quince mil infantes y tres mil caballos, pasaron el Pirineo por Roncesvalles y ocuparon Burguete y otros lugares de Navarra, pero la incursión fué breve ya que enseguida repasaron el Pirineo los franceses. Años después en 1692 y 1693, nuevamente en número de quince mil hombres, se acercó el enemigo desde Burdeos y la Rochela a Bayona, pero al fin vino la *calma* con la paz de Ryswick, en 1697, entre Luis XIV y Carlos II el Hechizado.

Como este último no contaba con descendencia, las naciones de Europa esperaban su muerte, deseando repartirse los extensos dominios de la Corona española. Un simple rumor anticipando el fallecimiento de Carlos II, a Octubre de 1700, fué suficiente para que el Duque de Arcurt llegara a Bayona, cumpliendo las órdenes del Rey de Francia, y reuniera allí veinticinco mil hombres que habían de apoderarse de San Sebastián, Fuenterrabía y Pasajes. Comprobado el error de la información, no por eso dejó de aumentarse hasta cuarenta mil el número de los que se disponían en Bayona a invadir Guipúzcoa.

Comenzó a prepararse la defensa en todos los pueblos fronterizos, pero los guipuzcoanos cesaron sus disposiciones al ocurrir el auténtico fallecimiento de Carlos II, en los primeros días del año 1701, poco después de haber otorgado testamento, por el que correspondía la corona a su sobrino nieto Felipe de Borbón, Duque de Anjou y nieto de Luis XIV de Francia y de su mujer María Teresa de Austria, hermana del Hechizado.

El nuevo Rey de España, Felipe V, entró en Guipúzcoa el 22 de Enero de 1701 y visitó San Sebastián el 27. Comenzó enseguida en España la guerra de Sucesión, entre los partidarios del que luego fué Emperador de Alemania y entonces era Carlos, Archiduque de Austria, y los que lo eran de Felipe de Anjou. Terminó la guerra al abandonar el Archiduque sus pretensiones a la Corona española cuando sucedió a José I como Emperador de Alemania.

Se firmaron seguidamente los tratados de Utrech y de Rastad, y en el primero de ellos, del año 1713, entre otras muchas cláusulas que diezaban el patrimonio español, se estipuló fuera cedida la isla de Sicilia al Duque de Saboya, con la condición de que no la pudiera enajenar. Pero el Duque permutó con el Imperio alemán, la isla de Sicilia por la de Cerdeña y ante el incumplimiento de lo convenido, España envió varias expediciones a Sicilia, interviniendo en ellas varios navíos con vascongados.

Ofendidos por esta justa medida el Emperador de Alemania, el Duque de Saboya e Inglaterra, instaron al Duque de Orleans, Regente de Francia, durante la minoría de edad de Luis XV, para que garantizando el Tratado, que ellos consideraban vulnerado por España, procediera contra ella.

Y he aquí que los mismos franceses que habían logrado que un príncipe de su sangre ascendiera al trono español, hicieron armas contra el nieto de Luis XIV, invadiendo Navarra y Guipúzcoa, a las órdenes del propio Duque de Berwick que en 1707 había logrado la decisiva victoria de Almansa a favor de Felipe V, en la guerra de Sucesión.

Ocupada Vera y después Irún, el 20 de Abril de 1719, seguidamente se rindió el Castillo de Behobia, tras una valerosa resistencia de la guarnición que mandaba Juan Barreda.

Dirigían las fuerzas enemigas Cadrieu, Mariscal de Campo y el Teniente General Marqués de Silli, que el 23 de Abril tomaron Oyarzun, Rentería y Pasajes con el fuerte de Santa Isabel y la Torre.

Se instaló en Hernani el Capitán General de Guipúzcoa Blas de Loya, para defender desde allí Fuenterrabía y San Sebastián y quedó en esta ciudad como Comandante, el Brigadier Alejandro de la Mota.

Mas el ejército francés fué aumentando desde el 15 de Mayo en adelante, al extremo de que el Duque de Berwick llegó a contar con el Generalísimo de Caballería, Príncipe de Conti, diez Tenientes Generales, diecisiete Mariscales de Campo, sesenta y seis batallones de Infantería, sesenta escuadrones de Caballería, once regimientos de dragones, un batallón de Artillería, veinticinco ingenieros, varias compañías de minadores, cuarenta cañones de batir y veinticuatro morteros.

El 28 de Mayo de 1719, dos baterías, llegadas expresamente de París, pusieron sitio a Fuenterrabía, y después de una valerosa defensa, la plaza de la que era Comandante Francisco José de Emparan, hubo de capitular el 16 del siguiente mes de Junio. A pesar de que por aquellos días Felipe V estuvo en Navarra y en la villa de Lesaca, para recordar a los franceses que combatían a un paisano suyo, continuó la campaña el Duque de Berwick, que el 23 de Junio llegó a las proximidades de San Sebastián, ocupando Hernani el 28 y al siguiente día Tolosa.

Cercada San Sebastián, la defendían tres regimientos y todos los naturales, debidamente armados, y llegaron socorros por mar de Lequeitio, Marquina, Motrico, Zumaya, Zarauz, Guetaria y Orio, así como de otros pueblos del

interior. Los bombardeos que padeció San Sebastián y la desproporción de fuerzas de sitiadores y sitiados, dió lugar a que se rindiera la plaza el 1.º de Agosto de 1719, pero en el Castillo de la Mota continuó la defensa con tanto ardor que Berwick se disponía a desistir de su empeño y regresar a Francia, cuando el 17 de Agosto esperándose ya la orden del Duque de Orleans, Regente de Francia, para que se retiraran las tropas y se dirigieran al Rosellón, sucedió que por un descuido se prendió fuego en los almacenes donde se hallaban los alimentos del Castillo de la Mota, por lo que su Comandante hubo de levantar bandera blanca, ante la perspectiva de que murieran de hambre quienes tan bravamente se habían comportado. El mismo día se entregó también la guarnición de la isla de Santa Clara, al ver que todo estaba perdido.

Por espacio de dos años estuvieron los franceses en San Sebastián, hasta que el 25 de Agosto de 1721, evacuaron la plaza y regresaron a Francia, cumpliendo el compromiso de devolver San Sebastián, Fuenterrabía y demás lugares ocupados en Guipúzcoa, a base de una alianza que se afianzó con los concertados matrimonios del hijo de Felipe V, el que por breve tiempo fué Luis I de España, con Luisa Isabel de Orleans, hija del Regente de Francia, y el del propio Luis XV con María Ana Victoria de Borbón, hija del monarca español.

Durante el reinado de Felipe V, destaca entre los héroes nacionales el guipuzcoano Blas de Lezo, nacido en Pasajes, que inició su carrera de marino en la guerra de Sucesión y que a pesar de haber perdido en ella un ojo, un brazo y una pierna, siguió prestando su concurso a la Patria. Cuando los ingleses pretendieron apoderarse de Cartagena de Indias,

utilizando una potente escuadra que mandaba el Almirante Vernón, iniciado el bloqueo daban por tan segura la victoria, que acuñaron una moneda con la leyenda: «El orgullo español batido por el almirante Vernón. Los héroes británicos tomaron a Cartagena en Abril de 1741». Por ironía del destino, una de estas monedas se encuentra hoy en el Museo Arqueológico de Madrid, de la capital de la orgullosa España, que no fué vencida en esa ocasión porque la fanfarronería y los ataques ingleses fueron valerosamente rechazados en Cartagena de Indias por el glorioso marino vascongado Blas de Lezo, que murió a consecuencia de las heridas que allí recibió.

Con los primeros Borbones se inició la recuperación española, con la nueva conquista del reino de Nápoles por el Marqués de Mondéjar y la agregación de Sicilia, en tiempos de Felipe V. La cultura y el progreso fueron prosperando también con Fernando VI y Carlos III, en cuyo tiempo el Conde de Peñafloreda y otros vascos fundaron la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, de la que se derivaron las Económicas, esparcidas por toda España.

Entre los intentos de volver a poseer lo que antes pertenecía al patrimonio español, habiendo recuperado entre otras posesiones la Florida y la isla de Menorca, y adquirido a cambio de la colonia del Sacramento, la isla de Fernando Póo y las restantes islas y territorios que hoy nos pertenecen en Africa, en el Golfo de Guinea; se cuentan los repetidos esfuerzos por lograr la desaparición del talón inglés que humilla a España en Gibraltar.

Un vizcaíno cuyo padre nació en el solar de Cadalso, de la anteiglesia de Zamudio, halló la muerte el 28 de Febrero de 1782, en el sitio puesto a Gibraltar por los españoles.

No era otra que el Coronel José Cadalso, gloria además de nuestra literatura, a la que aportó las «Noches lúgubres» y los «Eruditos a la violeta».



INVASIONES FRANCESAS

LA decadencia española volvió a iniciarse con Carlos IV, que hizo dueño de los destinos de España a Manuel Godoy. Al morir víctima de la revolución Luis XVI, Rey de Francia, estalló la guerra con España, declarándola la Convención francesa el 7 de Marzo de 1793 y a pesar de la brillante campaña del General Antonio Ricardos, con el que colaboró en la conquista del Rosellón, venciendo a los franceses, el ilustre vizcaíno General José Urrutia, natural de Zalla, que fué immortalizado por el pincel de Goya; hubimos de abandonar después el Rosellón, e invadieron España los franceses. Fueron recuperados los territorios perdidos en el suelo patrio, a cambio de la isla de Santo Domingo y por la permuta de la Luisiana con el reino de Etruria, en Italia, todo lo cual se concertó en la paz de Basilea de 1795.

La invasión de los franceses tuvo lugar por Cataluña, en donde el ejército español se retiró hasta el Ter, abandonando el Ampurdan; y por las Vascongadas, retirándose las tropas hasta el Ebro. Ocupados los pueblos fronterizos se rindieron las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián en Agosto de 1794, en que el General Colomera se retiró a Tolosa.

Comenzaron entonces a disponerse a la guerra en Vizcaya, que ya había sufrido por de pronto el incendio del puerto de Ondárroa, el 28 de Agosto de 1794, por el jefe de un destacamento francés que arribó al puerto vizcaíno con este exclusivo objeto. El señorío, en Junta General, ordenó las medidas pertinentes, consecuencia de las cuales fué por ejemplo el que se guarnecieran por Bilbao los cuatro castillos mayores que a su costa sostenía en Portugalete, Santurce y Guecho, llamados de Begoña y San Ignacio y las baterías del Solar, en Portugalete, y la Galea, en Guecho. El Consulado de Bilbao armó a sus expensas la goleta «Nuestra Señora de la Consolación» y el bergantín «Guerrero».

Gentes de Vizcaya venían combatiendo ya en Guipúzcoa, contra los franceses, y para ocuparse de los auxilios que precisaran, en Diciembre de 1794, fueron nombrados por la Diputación, Inspectores Generales de los Tercios de Vizcaya el Síndico Urraza y Simón Bernardo de Zamácola. Este último, que también inspeccionó los Tercios de Alava, fué en 1795 al frente de los ríos Deva y Orío como voluntario y en calidad de Capitán de los arratianos.

Ante el avance enemigo, armados los vizcaínos de todas las anteiglesias, formaron la línea defensiva desde Ondárroa a Campanzar, pasando por Ermua, pero la resistencia fué inútil porque al ocupar los franceses Vergara, el General Crespo, con su ejército, abandonó a sus solas e improvisadas fuerzas a los vizcaínos.

Recibió Bilbao una propuesta de rendición, del General Dessenin, el 12 de Julio de 1795, y ante el desamparo en que se hallaba, aceptó la capitulación y el 19 de Julio las primeras fuerzas francesas entraban en la Villa a las órdenes del General Willot. Al día siguiente llegó Moncey, General en

jefe del Ejército de la República, en los Pirineos Occidentales. Dos días después el 22 de Julio salían de Bilbao los franceses, dejando un Comisario de guerra encargado de cumplir las condiciones de la capitulación, pero la paz de Basilea puso enseguida término a aquellos acontecimientos.

La alianza con la República francesa, nos enfrentó con Inglaterra, lo que dió lugar, junto a algunas acciones desgraciadas, a las heroicas defensas de Cádiz y de Santa Cruz de Tenerife. Se cubrió de gloria rechazando al inglés Nelson en Cádiz, el vizcaíno José de Mazarredo, natural de Bilbao, ilustre marino y Ministro que fué de Carlos IV. También en Santa Cruz de Tenerife fracasó Nelson, que perdió allí un brazo.

Después de haber vencido de nuevo a Nelson, en Argirias, en esta ocasión colaborando la escuadra española con la francesa, nuevamente ambas reunidas se enfrentaron en 1805 en Trafalgar, con Nelson, que aunque vencedor murió en el combate, lo mismo que el guipuzcoano Cosme Damián de Churruca, que mandaba el navío «San Juan Nepomuceno» y que al perder su pierna, colocándola en un barril de serrín, continuó luchando hasta la muerte, aquel día 21 de Octubre de 1805. Otros dos vascos tenían mando en la batalla de Trafalgar, Javier Uriarte, Comandante del navío «Trinidad», y el alavés Ignacio M.^a de Alava, que prisionero de los ingleses en su navío «Santa Ana», sublevó a la tripulación para sumarse a los barcos que Gravina logró salvar y conducir a Cádiz.

El engaño de que por parte de Napoleón fueron objeto el inepto Carlos IV y su Ministro Godoy, así como la vergonzosa escena de la abdicación que representaron Carlos IV y Fernando VII en Bayona, dió motivo a la invasión fran-

cesa que provocó la gloriosa guerra de la Independencia, en la que España se encontró de nuevo a sí misma y venció a Bonaparte, entonces árbitro de Europa.

Fué un vizcaíno, el General Francisco Javier de Castaños, descendiente de Portugaleta y Galdames, en las Encaraciones, quien el 19 de Julio de 1808, en la batalla de Bailén, obtuvo la primera victoria contra el enemigo haciendo prisioneros a veinte mil franceses, y recibiendo la espada del General Dupont, que le dijo: «General, os entrego mi espada, con la que he vencido en cien combates». A lo que respondió Castaños: «Pues, general, mi primera victoria es ésta». El mito de que Napoleón era invencible se vino abajo, y a Bailén sucedieron otros triunfos en suelo español, hasta que tras la batalla de Vitoria el enemigo fué expulsado de España.

De los guerrerillos famosos de la gesta heroica de la Independencia, era vasco, del pueblo navarro de Idocin, Francisco Espoz y Mina y lo eran entre otros el encartado Renovales y el también vizcaíno Francisco Longa, al que en la puebla de Bolívar acaba de rendir homenaje la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País y por su parte la Diputación de Vizcaya ha costeado la erección de un monumento a la memoria de este héroe de la Independencia que más tarde realizó la campaña de Portugal para defender los derechos de Miguel, el Rey legitimista. Pero sólo citar el nombre de Castaños dice bastante de lo que supuso la contribución vascongada a aquel esfuerzo glorioso realizado por los españoles contra el insolente invasor.

Al entrar en España ocuparon las Vascongadas, los franceses y tomó Bilbao el General Merlín, después de vencer la resistencia que se le hizo, y en la que tuvieron los bilbainos mil doscientos muertos, en sus distintos baluartes

de los Santos Juanes, la Plaza Vieja, el puente de San Antón el puente de madera y el convento de San Francisco, un 16 de Agosto del año 1808, cuando ya se había iniciado la recuperación patria con la batalla de Bailén. Después de ocupar la Villa, persiguió la caballería enemiga a los defensores de Bilbao, por las vegas de Abando y Deusto, acuchillando a los fugitivos, pero ya en el mes de Septiembre el paisanaje comenzó a insurreccionarse contra el invasor.

Ante la proximidad de fuerzas leales, se envalentonaron los bilbainos atacando al General Monthion, Comandante Militar francés, que el 19 de Septiembre de 1808 tuvo que evacuar Bilbao, el mismo día en que se recibió triunfalmente al Marqués de Portago que acudía con tropas de liberación. Pero los Generales Monthion y Merlín regresaron a la Villa el día 26 y en ella continuaron hasta que nuevamente Portago unido al ejército del General Blake liberó Bilbao el 12 de Octubre de 1808.

En la vega de Zornoza hubo un encuentro el 1.º de Noviembre, entre los franceses y Blake, que hubo de retroceder hasta Valmaseda, entrando el día 2 el francés Lefebure en Bilbao. Ante la imposibilidad de hacer frente al enemigo se organizaron guerrillas por el país y la que acaudilló Tomás de Salcedo se atrevió a acampar ante la Villa e intimar la rendición.

Más adelante se formaron tres batallones llamados «Vizcaya», al mando de Artola, Quintana y Mugártegui y unidos a los guerrilleros ocuparon Bermeo, Castro y Lequeitio, e infructuosamente en Junio de 1812 intentaron tomar Bilbao, defendido por Rouget. Al fin partiendo de Lequeitio los tres batallones de voluntarios de Vizcaya, en combinación con los alaveses y con dos batallones de Porlier,

llegando a Bilbao, lo liberaron el 11 de Agosto de 1812, después de que escapó su defensor el italiano Caffarelli, al servicio de los franceses, que supuso más numerosas de lo que eran en realidad, las tropas atacantes y pocos días después llegó a la Villa el General Mendizábal.

Dispuso éste su cuartel general en Galdácano, pero el enemigo atacó la línea, avanzando hasta Begoña en donde hubo un duro combate el 23 de Agosto y el 27 Caffarelli al frente de diez mil hombres de a pie y mil doscientos de a caballo, entró nuevamente en Bilbao. Siguió su avance hasta Portugalete y Santoña, pero pocos días después, debido a la derrota sufrida en Arapiles por los franceses, los que ocupaban Vizcaya, la abandonaron, entrando ya sin lucha Renovales, en Bilbao, el 8 de Septiembre de 1812.

Nuevamente Caffarelli, ocupó la villa de Bilbao el 31 de Diciembre, pero al año siguiente los vizcaínos en colaboración con algunas fuerzas nacionales, liberaron los puertos de la costa, desde Bermeo a Ondárroa. Con el socorro de ala-



veses y guipuzcoanos se creó una zona base de operaciones con un parque de armas en Mundaca, un hospital mayor en Ispaster, y un depósito de pólvora en Bedarona y un almacén de víveres, municiones y pontón de prisioneros en la isla de Izaro, que comenzó a ser fortificada.

Ante éste y otros peligros, que amenazaban a los franceses, recibió Caffarelli el refuerzo de una división al mando del General Palombini, y después de renovar las defensas de Bilbao, estableció nuevos grupos de fortificación. En efecto, el ataque no se hizo esperar, ya que el 10 de Abril de 1813, desde la línea que entre Güeñes y Arri-

gorriaga, ocupaban los guerrilleros, descendieron a Bilbao, en maniobra de distracción a la izquierda del río, Campillo, Tapia y Dos Pelos, y atacando por la derecha Quintana, Arto-la y Mugártegui que destacaron unas patrullas a Puente Nuevo y asomaron con dos columnas por Archanda, siendo rechazadas por Rouget, Comandante de la Villa atacada.

Por fin el 21 de Junio de 1813 evacuaron Bilbao los franceses, que derrotados el 21 de Julio siguiente en Vitoria, hubieron de traspasar la frontera.



ESPIRITU ACTUAL

REGISTERED ACTUAL

DESPUES de la epopeya española de la guerra de la Independencia, se sucedió el calamitoso siglo diecinueve, en el que aún brilló el ardor guerrero de los vascongados en las dos guerras civiles, a las que se dedica un trabajo especial, en esta colección de monografías, por lo que nos limitaremos a decir que en esas guerras destacaron un Zumalacárregui, un Andéchaga, un Orbe, un Dorregaray, un Bériz, un Zurbano y tantos más.



También en Africa, en la guerra de 1859-60, lo vascongado tuvo su participación con los voluntarios de los famosos Tercios, que decidieron el triunfo en la batalla de Wad-Ras, y aún entre los mandos se contaban el General Juan Zabalá, creado Marqués de Sierra Bullones y el General Rafael Echagüe, creado Conde del Serrallo.

Cuando en la batalla del Callao, en 1866, Méndez Núñez afirmó que «España quiere más honra sin barcos, que barcos sin honra», un guipuzcoano, Victoriano Sánchez Barcáiztegui, al declararse el fuego en su fragata, la «Almansa», no accedió

a que se llenara de agua la Santa Bárbara, que corría riesgo de volar, diciendo: «Hoy no mojo yo mi pólvora», Aunque en lucha dolorosa con nuestros hermanos de Chile y Perú, lo vasco respondió en esta ocasión a su tradición heroica, unida como siempre a la actuación también valerosa de otros españoles, personificados por Méndez Núñez en este caso.

El espíritu aventurero ha perdurado también entre los vascongados, pero siempre al servicio del bien e interés de España. En la carta autógrafa dedicando su obra «Recuerdos Marroquíes» al Ayuntamiento del valle de Ayala, en Alava, dice el bilbaíno José María de Murga, conocido por «El Moro Vizcaíno», aludiendo a su libro: «No tiene mérito alguno: es sólo el resultado de las observaciones que he hecho en mis largos y peligrosos viajes por el Imperio de Marruecos: viajes que, aun cuando trato de ocultar el objeto, los emprendí con el único de dar a conocer la organización de aquel país y ser útil a la Patria si otra vez se llegase a suscitar una guerra como la que, en 1859 y 60, hizo alcanzar tantas glorias al Ejército español».

He aquí el porqué de las aventuras africanas de Murga, que había sido Capitán de Húsares de Pavía y que en 1855 asistió como voluntario a la guerra de Crimea. El mismo espíritu de aventura y de servicio a la Patria, llevó al vizcaíno Enrique Ibarreta, al Paraguay, en donde explorando el río Pilcomayo, perdió la vida.

Se sumó a España toda la cuenca del río Muni, en el golfo de la Guinea africana, debido a las expediciones exploradoras, en 1874 y 1884, del alavés Manuel Iradier, que también colonizó la isla de Fernando Póo y las restantes islas próximas a ella, que pertenecen a España. Demostró una

vez más Iradier que los vascos de hoy pueden presentarse como émulos del esfuerzo descubridor de los vascongados de otros tiempos, siempre al servicio de la mayor grandeza de España.

En lo que va del presente siglo, en dos ocasiones se ha renovado la aportación de las Vascongadas a las empresas guerreras de la auténtica España, primeramente cuando la guerra de Africa, a la que acudieron como voluntarios muchos vascongados, y más recientemente en la guerra de Liberación española, cuyo victorioso desenlace se debe a la contribución de sangre de los buenos españoles y entre éstos de muchos vizcaínos, alaveses y guipuzcoanos que han ofrendado sus vidas por Dios y por España, y de otros más que hemos sobrevivido, algunos manteniendo perenne el recuerdo, a la vista de la mutilación que padecemos como consecuencia de las heridas que para honra nuestra recibimos en los campos de batalla.



INDICE

| | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| Primeros tiempos | 5 |
| Epoca romana | 9 |
| Epoca visigoda | 17 |
| Conquista de la Novempopulania..... | 21 |
| Los vascos en el Siglo VIII. | 27 |
| La reconquista española..... | 33 |
| La frontera pirenaica..... | 45 |
| Los vascos en América y en los Nuevos Mares..... | 53 |
| Otras empresas del Siglo de Oro español..... | 85 |
| Bajo los últimos Austrias y los primeros Borbones..... | 97 |
| Invasiones francesas..... | 111 |
| Espíritu actual..... | 121 |

San Nicolás / Getxo

Gestas vascongadas

Ybarra y Bergé, Javier de1913-1

AL V YBA ges



5855615

